IV Centenario
de
Elio Antonio de Nebrija

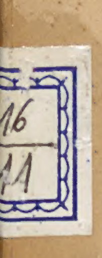
Grandioso homenaje celebrado en su honor,
en la antigua Universidad Complutense,
por los
Alumnos de Literatura del Instituto de Cisneros
y de las Escuelas Pías, presididos por el
Ilmo. Sr. D. Mario Méndez Bejarano

7 DE MAYO DE 1922

1522  1922

DISCURSOS Y POESÍAS
con un prólogo del
R. P. JOSÉ OLEA, Escolapio

MADRID: 1923
Escuela Tipográfica Calasancia.—Hortaleza, 69.—Teléfono 374



IV CENTENARIO DE

ANTONIO DE NEBRIJA

Grandioso homenaje celebrado en su honor, en la
Antigua Universidad Complutense
por los alumnos de Literatura del Instituto de Cisneros
y de las Escuelas Pías, presididos por el Ilmo. Sr.

D. MARIO MÉNDEZ BEJARANO

7 de mayo de 1922

1522  1922

DISCURSOS Y POESÍAS

Con un prólogo del R. P.

JOSÉ OLEA, Escolapio



Madrid: 1923.
ESCUELA TIP. DE S. ANTÓN, HORTALEZA, 69.—TELÉF., 374.





Excmo. Sr. D. Mario Méndez Bejarano
a cuya iniciativa se debe la celebración del
IV Centenario de Nebrija
en la histórica Universidad de Alcalá de Henares
(hoy Colegio de PP. Escolapios).

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

D. MARIO MÉNDEZ BEJARANO.

SEMILLA *fecundada por vuestro patriotismo y sabiduría fué el deseo de conmemorar el* IV Centenario *del inmortal* **Elio Antonio de Nebrija.**

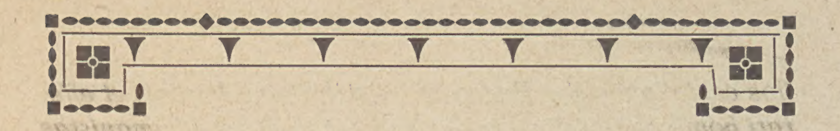
Felicísima idea, exclusivamente vuestra, que tuvo la suerte de caer en la fértil tierra de juveniles ánimos, y que brotó con presteza, creció vigorosa y dió como fruto el grandioso homenaje *que al* extirpador de la barbarie *se tributara, el 7 de mayo de 1922, en el que fué teatro de sus triunfos, en el sagrado recinto de la clásica Universidad Complutense.*

Un sencillo recuerdo de aquel acto memorable es este libro.

Pusiéronlo en mis manos requerimientos repetidos de cuantos al homenaje *contribuyeron.*

Y a ruego de todos, y con harto placer mío por la honra que me cabe, a V. I. lo dedico.

JOSÉ OLEA.



A GUISA DE PRÓLOGO

Se ha llamado con razón, *año de los centenarios* al de 1922. Y sin embargo las historias de España y de la Literatura anotarán con sorpresa que el dicho año se entraba muy de lleno por las puertas del tiempo, y ni un periódico ni entidad alguna paraban mientes en que allá en 1522 fallecía en la histórica ciudad del Henares y en su clásica Universidad, el por tantos títulos celebérrimo *Elio Antonio de Nebrija.*

De fama mundial en su época, sabio de primera magnitud, estrella brillantísima, que lucía por derecho propio con los esplendores todos de las letras, artes y ciencias de su tiempo, español de pura cepa, profesor sin segundo... ¡y nadie (tal vez ni su propio pueblo), nadie en nuestros días, se hubiese acordado de su nombre a no ser por la nunca bien alabada iniciativa del no menos insigne profesor, y sabio entre los sabios, Sr. Bejarano! Sentimos herir su modestia al estampar estas líneas, pero en tono imperativo nos la dicta la justicia.

———

Érase un día de primavera del pasado año de 1922. El benemérito catedrático de Literatura del Instituto del Cardenal Cisneros, continuando la serie de sus brillantes y fructíferas explicaciones, hablaba de esta suerte a sus alumnos: *El reinado de los Reyes Católicos nacionaliza la literatura española y forma una etapa de transición... La savia del Renacimiento se filtraba por todas partes. El ejemplo de D.ª Isabel, aprendiendo latín y haciéndolo estudiar a sus hijas, se propagó a la nobleza; y notables humanistas extranjeros vinieron a desbastar nuestra aristocracia y a civilizar aque-*

llos castellanos que Boccacio llamaba semi-barbari et efferati homines. Pronto, no obstante, tuvo España humanistas tan insignes como los extranjeros, siendo el más ilustre y padre de todos los nacionales el lebrijano Antonio de Nebrija el extirpador de la barbarie, el primero que mostró el camino hacia las inagotables fuentes de la sabiduría antigua.

Y aquí llegaba el anciano y venerable Maestro, cuando (según hemos oído varias veces a los que fueron testigos) estimó oportuno dolerse de que, al pasar el cuarto centenario sobre la losa funeraria del gran Nebrija, no se acordasen las entidades ni corporaciones doctas de nuestra Patria de honrar la memoria del que tántos y tántos lauros nos recabara un día antes las naciones civilizadas.

—Hacedlo vosotros —añadió— jóvenes estudiosos, y contribuid en la medida de vuestras fuerzas a la justa reivindicación de gloria del casi olvidado Nebrija.

———

¡Generosa y admirable idea la del Sr. Bejarano!

Aquella juventud que le escuchaba, llena de plausible entusiasmo, sin pensar en los obstáculos de toda índole que había de encontrar, soñó en celebrar un *grandioso homenaje* al inmortal Nebrija.

Y a fe que lo consiguió. Sin pérdida de tiempo formó una Junta Directiva, integrada por los alumnos siguientes: Rafael Lapesa, *Presidente;* Juan Abollado, *Vicepresidente;* Carlos Díez, *Secretario;* José Sesma, *Vicesecretario;* Manuel Alvarez de la Riva, *Vocal;* y Florencio Tejerina, *Vocal y Tesorero.*

Y estos entusiastas muchachos lo hicieron todo; trabajaron mucho y sufrieron no poco: que al acudir en demanda de apoyo a los compañeros de otros centros, vieron con pena que la mayor parte les cerraban las puertas.

Pero las dificultades sirvieron únicamente para acrecer sus ánimos. La Junta Directiva recaba y logra que los alumnos de Literatura de S. Antón y Alcalá, con sus Profesores los Padres Ricardo Seisdedos, Luis López y Angel Cabal, participen de sus entusiasmos y propósitos. Y aun consigue más: que el Sr. Bejarano se decida a presidirlos, y que el sabio Rector de la Antigua Universidad Complutense, P. José Cer-

deiriña, les prometa abrir de par en par las veneranuas puertas de su Colegio y aun tomar parte activa en el justo *homenaje*.

Con esto y con haber ofrecido realzar la fiesta con su presencia las bellísimas señoritas Carmen Fustegueras Méndez, Gotarredona, Peiró y Ascensión Más, la Junta Directiva procedió a ultimar el Programa, señalando, por razones harto atendibles, el 7 de mayo como fecha para su realización.

Y aquí describiría yo el grandioso acto si no lo hiciese magistralmente, en la página 9, el Sr. Delgado.

———

A raíz del *homenaje*, el periódico de Alcalá titulado *El Eco* publicó un *extraordinario* conteniendo el aludido artículo, algunas ilustraciones y la mayor parte de los discursos y poesías leídos en la Velada.

Pero los unánimes deseos, de cuantos asistieron, de poseer íntegros los magistrales discursos del Ilmo. Sr. Bejarano y del entonces Rector de las Escuelas Pías de Alcalá, hoy de Sevilla, P. José Cerdeiriña, fueron parte para que se pensase en la publicación de este libro. En él encontrará el lector, además de los trabajos citados, los preciosos estudios de los jóvenes Tejerina, Gas Galán y Ascensión Más; una poesía de Sánchez Barbudo, la *Loa* del Sr. Lapesa, el saludo de Díaz Caneja, y unas cuartillas de D. Antonio Canella.

Con posterioridad al *homenaje* hablaron de Nebrija algunas publicaciones: insertamos aquí un artículo de *Blanco y Negro* y otro de *La Libertad.*

Broche de oro para esta obra es el trabajo bilingüe, leído en el mismo Lebrija por su autor, el escolapio P. J. Córdoba. En cuanto a los fotograbados que adornan estas páginas (algunos del joven Tejerina) llamamos la atención sobre el retrato de Nebrija, tomado del que aparece en su libro «Elegancias romançadas» impreso en 1576.

El dibujo de la cubierta ha sido hecho expresamente para esta edición por nuestro amigo el notable arquitecto húngaro D. Segismundo Róth.

Y pecaríamos de ingratos si no tributásemos una sincera alabanza al R. P. Luis López Rosselló, actual Rector de las Escuelas Pías de Granada, que fué, sin disputa de ninguna clase, uno de los elementos más valiosos del Homenaje a Nebrija.

¡Memorable 7 de mayo de 1922! El cielo lo bendijo. Y los hombres harán de él un recuento especial. Tal vez, como afirma el P. Cerdeiriña, tal vez, en plazo no lejano, se añore aquella sesión literaria, en que unos futuros escritores, presididos por un literato de cuerpo entero, hicieron las delicias de un público tan culto como el reunido aquel día en la Universidad Complutense; para asistir al descubrimiento de la Placa a Elio Antonio de Nebrija.

Bien puede estar orgulloso el Ilmo. Sr. D. Mario Méndez Bejarano. La idea fué suya, exclusivamente suya y quizás, sembrada en elementos oficiales, o entre sus múltiples amigos, no hubiese prosperado con el lujo de entusiasmos con que prosperó vertida en juveniles ánimos.

Persuadido estoy de que el sabio catedrático de Literatura del Instituto del Cardenal Cisneros no necesita nuevos títulos de gloria: hartos e ilustres y bien conquistados los tiene. Persuadido estoy además de que la gloria humana, «la amiga de los muertos» o no llega nunca o llega tarde. Pero quizás no fuese un atrevimiento el que dicho señor Bejarano hiciese suyas aquellas palabras del autor de *Las Lágrimas de Angélica:*

Por dicha, de que vivo habrá memoria
En otros siglos, y seré leído
Y celebrado en peregrina historia.

Efectivamente: en la historia de los sabios que en el mundo han sido y que han procurado conservar el recuerdo de sus antepasados ilustres.

José Olea, *Escolapio.*

DÍA ESPAÑOL

El domingo 7 de mayo de 1922, en un rotativo de la Corte, leímos bella sátira. Con clara visión de la realidad, frase justa y también profética, que deja adivinar amargo gesto, se establece un paralelo entre mayo mágico y los seculares defectos que ensombrecen el vivir patrio, sirviendo de tópicos a quienes, más allá de las fronteras, tienen interés en agrandar nuestras máculas para evitar que lleguemos a *ser*.

«Día Español» titula el vate su queja. «Día Español» escribimos nosotros al frente de estas columnas. Convictos y confesos estamos de que no son delirios lo que el vate dice. Seguridad absoluta tenemos de que los lamentos no lavan las culpas, sino la voluntad al servicio de la convicción, que rectifica caminos equivocados.

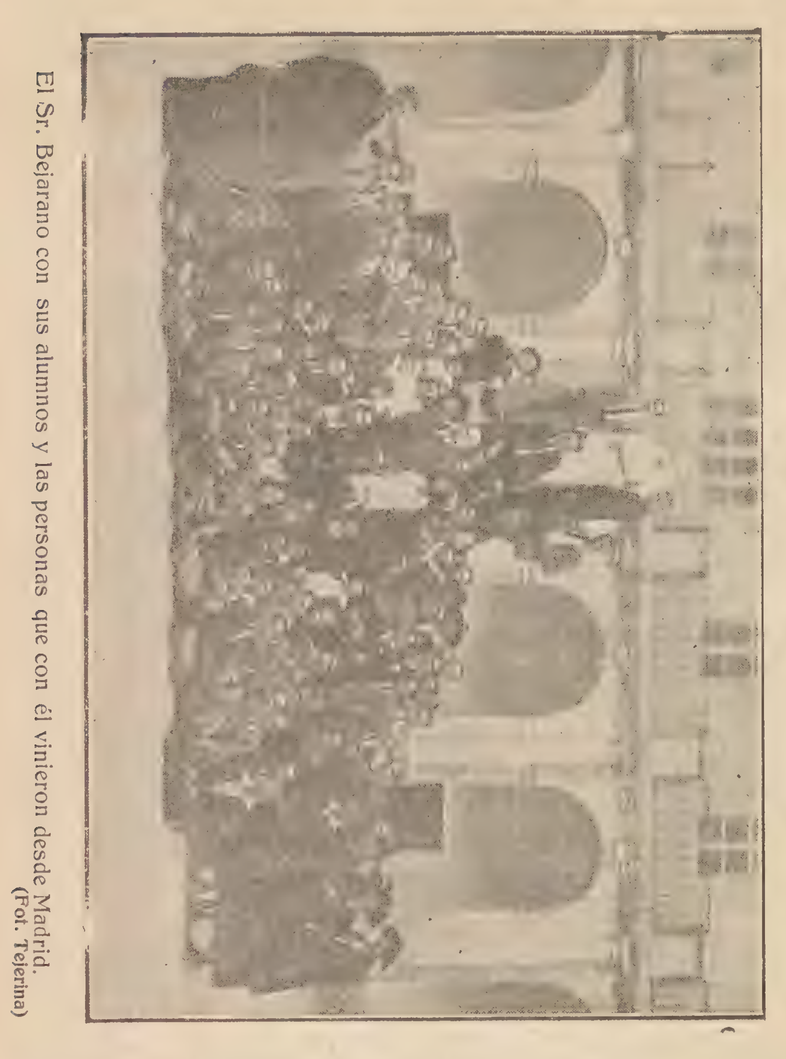
He aquí por qué marcamos, optimistas, en estas páginas, para darla a los cuatro vientos, consoladora coincidencia, entre las bellezas primaverales y lo que en Alcalá sucedió el referido día siete.

Después de noche tempestuosa, amaneció un día de mayo, como cuando mayo es bueno con los mortales que habitamos estas latitudes.

El tren recreo de las once se detiene y en el andén suena clamorosa y alegre una ovación. Los vítores van dirigidos a D. Mario Méndez Bejarano, sabio catedrático de Literatura en el Instituto del Cardenal Cisneros, a los PP. López Rosselló y Olea Montes, profesores de las Escuelas Pías de S. Antón, a las alumnas y alumnos de dicha asignatura en los referidos Centros docentes.

Acompañados por el Alcalde D. Javier Huerta, teniente de Alcalde Sr. Alonso y varios Concejales, Rector y Profesores de estas Escuelas Pías, Juez Sr. Jaramillo, Comisiones del Cabildo Magistral, de los Cuerpos de esta guarnición, de la prensa local, de Correos y Telégrafos, por el Presidente de la Sociedad de Condueños, muchas y escogidas personalidades, que sentimos no recordar y en fin, por los estudiantes todos de la localidad, los expedicionarios marcharon a la Universidad, hoy Colegio de PP. Escolapios, en

cuyo Salón-teatro el Sr. Bejarano que, con el Sr. Alcalde, Sr. Juez, Sr. Herrero Zamorano, Canónigo Magistral y el P. Rector, preside, da comienzo a una sesión literaria para



El Sr. Bejarano con sus alumnos y las personas que con él vinieron desde Madrid.
(Fot. Tejerina)

conmemorar el *Cuarto Centenario* de la muerte de una gloria de España, de Elio Antonio Martínez de Cala y Jarava.

Pronunciaron discursos el Rector, P. José Cerdeiriña, —oración de tonos vigorosos que arrancó entusiastas y nutridos aplausos—, los alumnos de Cisneros, Sres. Díaz Ca-

neja, Tejerina y Srta. Ascensión Mas; recitaron una Loa —escrita por el Sr. Lapesa— las Srtas. Gotarredona, Peiró y el Sr. Abollado; leyó, después de descubrirse la placa, una



Sr. Méndez Bejarano con el P. Rector de los Escolapios, Profesores de literatura RR. PP. Cabal y Rosselló, y las alumnas y alumnos conferenciantes (Fot. Tejerina)

hermosa poesía el Sr. Sánchez Barbudo del Colegio de S. Antón. De Alcalá hablaron los Sres. Gas Galán y García Arévalo. Dió fin al acto el Sr. Méndez Bejarano con un erudito y emocionante resumen.

Como a continuación se copian los originales, nada deci-

mos de ellos. Unicamente confirmamos aquí que todos fueron escuchados con religioso silencio y aplaudidos con entusiasta espontaneidad por el selecto y numeroso auditorio que llenaba el espacioso Salón-teatro. El Sr. Lapesa puede estar satisfecho por la magistral interpretación dada a su Loa por las citadas Srtas. Peiró y Gotarredona y el Sr. Abollado.

Casi al final del acto, la bella y simpática Srta. Carmen Fustegueras Méndez, Bachiller y alumna aventajada de Farmacia, sobrina del Sr. Méndez Bejarano, descubrió una artística plancha de plata y esmalte, regalo de los estudiantes de Literatura del Instituto de Cisneros y que queda fijada en el indicado Salón-teatro del Colegio.

Terminada la Sesión, los estudiantes complutenses, confraternizando con sus compañeros de la Corte, fueron a comer al campo y después a jugar un partido de foot-ball.

Por la tarde el Sr. Bejarano, la Srta. Fustegueras y los PP. Rosselló y Olea, acompañados por el Rector, por el Señor Delgado y otras personas, visitaron la Biblioteca Cervantina, el Ayuntamiento, la Magistral y el Archivo, en cuyos albuns firmaron los excursionistas gratamente impresionados por las artísticas bellezas que atesora la patria de Cervantes.

Después fueron hechas las fotografías que ilustran estas páginas... Y cuando el tren arrancaba, llevando a quienes vinieron a dedicar un recuerdo imperecedero y cariñoso al genio inmortal de Lebrija, un clamoreo jubiloso los despidió, como señal inequívoca de la grata impresión que dejaban en el corazón de todos los que habíamos convivido esas horas de intensa alegría espiritual.

Nuestra entusiasta felicitación a los simpáticos alumnos del Instituto de Cisneros y de las Escuelas Pías que, con espíritu levantado, comienzan bajo sabia dirección a hacer pública ostentación de cultura y españolismo, neutralizando con bellos tonos luminosos la sombría y exagerada tradición española.

Luis Delgado
Redactor de «El Eco».

DOS PALABRAS

Señoras, Señores:

En nombre de mis compañeros, yo, el menos autorizado para ello, saludo al Sr. Rector, al Sr. Alcalde, dignas autoridades y demás personas que con gran entusiasmo han salido a recibirnos y ahora nos acompañan en este momento para nosotros de inmenso júbilo. Saludo también a los profesores y alumnos de este Colegio de PP. Escolapios y a los que de las Escuelas Pías de S. Antón han venido con nosotros desde Madrid; y, en fin, a todos aquellos que han contribuído a la organización de este pequeño homenaje que los estudiantes de Historia Literaria del Instituto de Cisneros tributan al gran humanista e insigne polígrafo Antonio de Nebrija, cuyas cenizas tiene la gloria de albergar la antigua Universidad de Alcalá, en la que tanto saber derrochó y tanta erudición vertió sobre las páginas de la Biblia Políglota, ambas hijas del genio de aquel ilustre Cardenal Jiménez de Cisneros, conquistador de Orán.

Congratulémonos todos nosotros de hacer juntos este merecido homenaje, y gritando ¡gloria a Nebrija! diremos: ¡gloria al restaurador de las letras españolas!

Carlos Diez Caneja.
Alumno del Instituto de Cisneros.

SALUDO IMPRESCINDIBLE

Señoras, Señores:

Me dirijo a vosotros, queridos escolares, preferentemente, pues sois vosotros los anfitriones y los héroes de esta justa literaria, de este torneo de tonos científicos y poéticos en honor del Maestro Antonio Elio de Nebrija.

Para vosotros vivo hoy, en tal forma que aquel saludo, con el cual he comenzado, es fórmula pura de civismo y de costumbre, factores sociales, que no se pueden pasar por alto, so pena de incurrir en entredicho y caer bajo la pena de esa sociedad, a la cual nos debemos por completo. Y aquellas palabras primeras mías, que no he escrito, que solo he pronunciado, son mero artificio, uno de tantos convencionalismos, que usamos en nuestra vida ordinaria, y a los cuales no podemos sustraernos, que a la fuerza empleamos, y de que no podemos prescindir en la vida de los hombres. Es una justa correspondencia de mi pensamiento a vuestro pensamiento, de mi proceder a vuestro proceder y de mi palabra a vuestra palabra. A vosotros y a mí nos unen hoy una misma idea y un mismo vínculo y un mismo sentimiento. Os sentís en estos momentos adoradores de lo antiguo, amigos entusiastas y panegiristas de lo antiguo. Y yo, que llevo muchos años viviendo entre niños y jóvenes; yo que por culpa del destino y tal vez torpeza de esta pobre inteligencia, parte de mi ser y de mi personalidad, me he aferrado a mis propios juicios para imponerme en mi vida docente y educadora; yo a la hora presente hago tabla rasa de toda mi vida; prescindo del carácter, que me ha cabido en suerte, doy al traste con la voluntad, más o menos férrea, más o menos acre, que es atributo y parte viva de mi alma y de mi personalidad, y ciego con la vista del espíritu y del pensamiento, ciego hasta de la vista material, me dejo llevar y conducir por vosotros, que sois el lazarillo, que ha venido a levantarme, que ha venido a conducirme por estos senderos de flores antiguas, de flores que llevan ya siglos de existencia, porque conservan hoy como ayer toda la hermosura, todos los bellos colores y toda la fragancia, que fueron un día ornamento, vida y patrimonio único y fehaciente de una florescencia, que sobrepujó en exuberancia a todos los números y a todos los cálculos, a todas las ponderaciones y a todas las hipérboles.

Si fuera lícito tener orgullo y de él hacer alarde, yo os diría que me siento orgulloso al tomar parte en esta lid, de la cual sois vosotros los campeones denodados, que bajáis a la arena para luchar con una valentía y con un valor impropios de vuestra edad. Me siento orgulloso, porque al veros

tan decididos y tan valientes, tan emprendedores y tan seguros de vosotros mismos, vislumbro en espíritu todas las culminaciones, todos los triunfos y todas las victorias, que veo flotar en este ambiente español, en este ambiente puro de la patria grande, de la patria, que sojuzgó a la tierra toda, de esta patria que fué vencedora de todas las razas del planeta, que triunfó en Europa, cuando Europa salía del marasmo de la Edad Media para empezar a vivir una vida que no pudieron presagiar los sabios antiguos, porque era superior y trascendía a toda la ciencia y a todos los valores, que habían sido norte y guía de la Humanidad en los tiempos anteriores al Renacimiento. Me siento orgulloso con vuestro acompañamiento, y me es muy honroso el título de camarada vuestro, porque abrigo la plena convicción de que sois cifra de esta raza española, que, si reveses de la fortuna la han empobrecido y la han dejado maltrecha, conserva a pesar de todo características tan preciadas, cualidades tan individuales y tan suyas, que todo hace atisbar, predecir y augurar que el sol nuevo del progreso, ese sol, ante el cual nos quedamos ahitos y ofuscados hoy, ha de ser muy en breve nuestro sol, el sol de la dicha y de la conquista, el sol del bienestar y de la perfección, el sol del triunfo y de la victoria, que nos disponga para poder arrancar a vosotros los españoles de la madre naturaleza secretos estupendos, que nos hagan poseedores de esas fuerzas ocultas hoy por hoy a todos, aun a los que van en la vanguardia de la civilización y del adelanto científico y literario.

Manes de nuestros antepasados flotan hoy en los espacios de este recinto para acompañarnos en esta Pascua literaria y celebrar con nosotros esta fiesta del espíritu, donde ágapes intelectuales corren por esta mesa, presidida por uno de nuestros literatos más insignes, por uno de los que más han sondeado nuestro pasado, por uno de los que mejor conocen nuestros antiguos valores, por el eximio escritor y sabio catedrático, Don Mario Méndez Bejarano. Y merced a él vivimos hoy en comunión espiritual con todo lo que hubo de grande y excelso en la República de las letras; él es el reóforo que trae aquí todo ese mundo que fué, todos esos estratos y sedimentos de nuestra vida espiritual, de nuestras an-

tiguas haciendas, del terruño que nos vió nacer, para distribuir con esplendidez esos manjares, alimento vivificador y consubstancial y único del espíritu ibérico, de ese espíritu, que tras sucesivas etapas y cataclismos de los pueblos más heterogéneos, que tuvieron asiento sobre nuestro país, presenta su faceta transparente, su lado de visión, su adecuado *complexus* y su organización definida y caracterizada en el espíritu español.

* * *

¡El espíritu español!... Ese espíritu está en nosotros; ese espíritu nos anima y nos fortalece y hasta nos inspira en esta hora solemne de la vida. De ese espíritu habéis recibido vosotros lecciones sin cuento al estudiar los grandes escritores, que forman y componen el rico venero de nuestra ingente literatura. Allá en el recinto de un aula, en el laboratorio, que a la Historia literaria tenéis consagrado, en infinitos análisis, en temas prolíficos de variedad inmensa y superior a toda ponderación, le habéis visto manifestarse y traslucirse, le habéis examinado en toda su grandeza y le habéis dado culto, un culto de la admiración, del homenaje y del rendimiento. Extáticos ante ese espíritu, os habéis preguntado si era posible interrogarle, si era posible sujetarle a medida, y detenerle en su vertiginosa carrera para contemplarle de cerca, para pulsar sus vibraciones innumerables y ver todo el efecto mágico y sorprendente de su prodigiosa actividad.

Por esa idiosincrasia vuestra y en fuerza de tanto españolismo, como es el que se ha desliado en el estudio de la Literatura de nuestra patria, si muchas de aquellas lecciones, que habéis recibido, han podido caer en tierra no preparada aún para plantas tan delicadas, otras han venido en el tiempo oportuno, en la hora crítica, cuando las tierras de vuestras almas estaban en buen tempero y suficientemente dispuestas para recibir esa semilla, para transformar esa semilla, mejor dicho, para trasformaros esa misma semilla a vosotros, para cambiaros por completo, para daros su misma vida, esa vida sorprendente y poco común; en años tan tempranos, esa vida precoz, de la que hoy con asombro nuestro, con estupe-

facción nuestra, dais las pruebas más galanas y elocuentes. Precoces investigadores, nos traéis unos estudios sobre Nebrija, y yo os doy por ello el parabién.

* * *

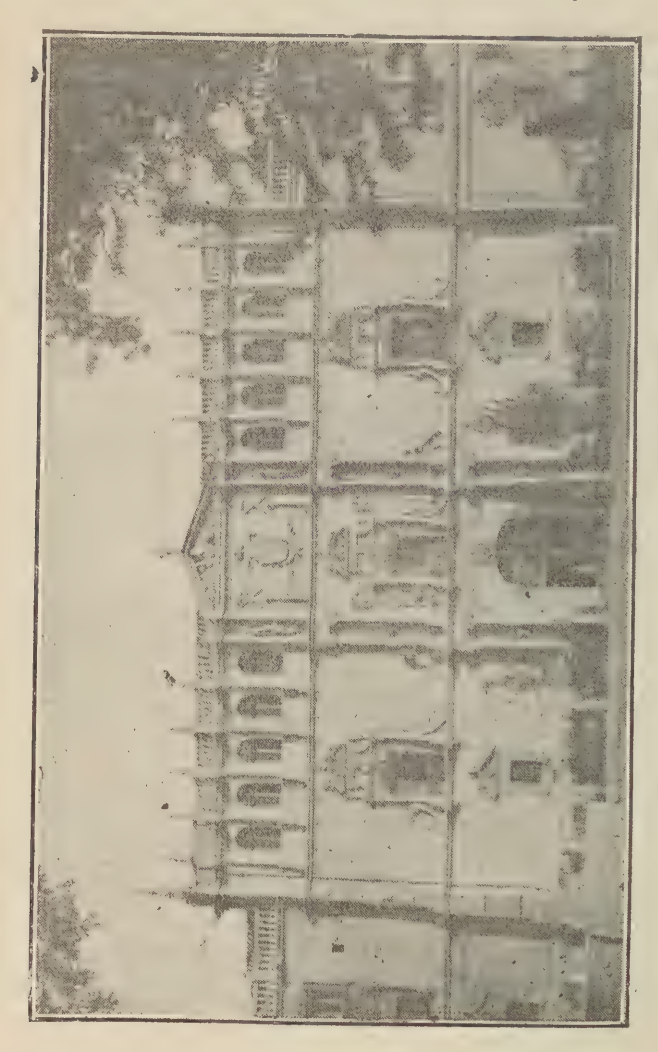
Ahí es nada ocupar una tribuna y sorpreder a un auditorio con trabajos de investigación histórica y de erudición literaria, propias de hombres muy sentados, muy avesados y muy entregadas a los papeles de archivos y bibliotecas. Para hacer esas manifestaciones del espíritu, es menester contar antes con una vida espiritual, que no se consigue al azar y con actos aislados y simplistas de voluntad. No basta querer; es precisa la obra. El pensamiento y el deseo se pierden en la más completa esterilidad, cuando no hay una voluntad decidida y enérgica, que haga vencer la inacción, que tan común y tan frecuente es en la humanidad, de suyo tan apática y tan inactiva, Esa superioridad de una voluntad, educada en el trabajo y la reflexión, es timbre de gloria, que honra por igual al maestro y al discípulo. Y aquí estáis en torno nuestro, tan elèvados como nosotros, destacándoos de las muchedumbres sin cuento, de las falanges inmensas, que corren tras otras aficiones, pero que no sienten el hambre y la sed del saber, que no conocen los destellos puros de la verdadera gloria, que aquí en la tierra puede poseerse. Para nadie es un secreto que adolescencia y juventud, que comienzan con tan bellos augurios la carrera de la vida, están llamadas a romper los moldes, en que viven enmarcados y cuadriculados muchos de los que se llaman intelectuales, aun cuando vayan siempre a la zaga.

Bien habéis aprovechado el tiempo. Pues, si hoy son vuestros escarceos, oteando en la blibliografía no bien estudiada aún del Maestro Nebrija; si hoy son preludios de erudición y de crítica los trabajos, que traéis a este viejo solar de la ciencia española, a este templo del saber, donde Minerva ciñó el laurel de la inmortalidad a tantos varones insignes que en esta antigua Universidad profesaron las múltiples y variadas disciplinas del espíritu, si hoy niños os presentáis con los arreos y bagajes de hombres, mañana, a medida de

vuestra labor inicial, después de desplegar las alas de vuestra imaginación, después de tender el vuelo por encima de los horizontes y de los campos de las distintas ciencias, cuando os sentéis en vuestras mesas de trabajo, cuando subáis a los estrados reservados a los que visten toga, cuando pretendáis dar a conocer a los demás el fruto de vuestras vigilias en escritos luminosos, cuando, penetrados de vuestra grandeza fijéis orientaciones a las muchedumbres, entonces se verá cuál fué el principio, el primer impulso y la primordial manifestación de vuestro espíritu. Para escribir y hablar, para llamar la atención en la edad madura, para atraerse las multitudes, para descifrar enigmas en las fórmulas laberínticas de la ciencia, para descubrir un poco el fondo insondable de las leyes naturales, que hablan muy elocuentemente, pero que es preciso interrogarlas y fijarse en lo que dicen, para seguir su camino escabroso, que lleva a la meta del saber, es preciso, desde el alborear mismo de la razón, encauzar y entrenar a ésta, disponerla y habituarla, desenvolverla y adaptarla, para que la razón sea siempre reina y señora en nosotros, para que la razón presida todos los actos de nuestra vida, para que la razón fulgure rayos de luz intensa y copiosa, que nos iluminen, nos den esperanzas y alientos, nos acompañen en nuestras dudas y dificultades y nos pongan en posesión de ese misterioso hilo de Ariadna, emblema de la dicha y de la paz y símbolo de gloria y de conquista.

Si éste es uno de esos días, que Dios bendice, y los hombres hacen de él un recuento especial, no es ésta la ocasión de decirlo. Tal vez en plazo no lejano se añore esta sesión literaria, en que unos futuros escritores, presididos por un literato de cuerpo entero, hicieron las delicias de un público tan culto como es éste que nos está escuchando. Cuando día tras día se vayan teniendo sesiones en honor del Maestro Nebrija, en todas ellas palpitará un pensamiento, que hará eco en las conciencias, y que impulsará a hablar a los hombres. Y ese eco, traducido en palabra viva; ese pensamiento, transformado en discurso; esa idea, encarnando en los corazones, cristalizando en las lenguas, revelándose y reflejándose en los semblantes, rasgará los aires con la virtud y con la fuerza mágica, que posee, para decir a todos muy alto que, si al-

guien fué justo con Nebrija, si alguien hubo que estimara todo el valor y la figura excelsa del Maestro, si alguien dió el tono en el coro de alabanzas y de endechas, que se tributaron al escritor insigne y al catedrático prócer de la



Fachada de la antigua Universidad de Alcalá, hoy Colegio de PP. Escolapios.

Universidad de Alcalá de Henares, fuisteis vosotros, los discípulos del Maestro Méndez Bejarano y los escolares de los Colegios de los Padres Escolapios de Alcalá de Henares y de San Antonio Abad de Madrid.

Y aquí estamos todos, movidos por la misma idea, impulsados por el mismo pesamiento, latiendo nuestros corazones con el mismo ritmo y el mismo sentimienio. ¿Qué hay en torno nuestro? ¿Qué ven y qué no ven nuestros ojos? ¿Dónde reposan las cenizas del Maestro Nebrija? ¿Dónde enseñó el gran humanista? ¿Dónde escribió sus innumerables obras, esas obras, que, durante centurias enteras, han sido el modelo, que han seguido los que a la enseñanza se han dedicado y consagrado de por vida; esas obras, cuyo mayor elogio está dicho, afirmando que es de necesidad imperiosa el hacer una edicción especial de todas ellas, a pesar del tiempo que llevan de existencia, y sin que nos importaran un bledo todos los anacronismos, que quisieran en contra suscitarse?... El tiempo todo lo destruve y todo lo envejece; el tiempo es el gran corrosivo, al cual nada se resiste. Pero, si han desaparecido las cenizas del Maestro, no ha desaparecido su memoria, pues vive en la imortalidad y vive en el mundo entero. Las grandes conmociones, que ha sufrido nuestra patria, han destruído gran parte de nuestro pasado; y sobre los cielos venerables del saber y de la civilización han asentado sus reales la desolación y la ruina. Si existe aún este edificio de la Universidad de Alcalá de Henares, no será porque aquí no hayan soplado los vientos huracanados de la revolución, que al secularizar esta famosa Escuela, donde se incubaron los ingenios más peregrinos de nuestra patria, echó a rodar toda su obra doctrinal y civilizadora. Vive hoy la Universidad de Cisneros, porque un pueblo consciente de sus prestigios, un pueblo ávido de sus glorias, un pueblo que leía en el porvenir, un pueblo que hacía honor y justicia a sus sabios catedráticos y maestros, un pueblo que dió culto a su honor jamás empañado por propios y extraños, un pueblo que, viril por excelencia, supo hacerse fuerte, supo vengar su honor ofendido y manchado, supo detener las acometidas y los atrevimientos demoledores de la obra de la revolución y secularización, y a la astucia respondió con el ingenio, y la rapacidad la contrarrestó con la fuerza, y al dolo lo trajo a juicio, y detuvo la obra de la piqueta demoledora, y al malsín, al atrevido, al arrogante y al falsario acometiólos en su propia guarida, para que este asilo de la ciencia fuera baluarte pe-

remne y centinela avanzado, que enseñase a la generaciones venideras, que nos enseñase a nosotros, que después hemos tenido el honor de cobijarnos bajo estas bóvedas y estos techos, cuánto puede un pueblo, que, sacudiendo su letargo, maneja el látigo de la justicia, y se convierte en César, cuando los padres duermen y los logreros salen a la calle para apoderarse en mal hora de lo que fué de los pobres y de los ricos, que a todos de consuno estaba congrada la Universidad Complutense... ¡Loor, alabanza y aplauso eterno a aquellos patricios complutenses, que no permitieron que la Universidad del inmortal y gran patriota Cardenal Jiménez de Cisneros fuera vendida ignominiosamente, como aconteció con otras de carácter también religioso y eclesiástico!

Pero sigue viviendo aquí el espíritu del gran Cisneros; aquí seguimos recogiendo en nuestras almas el hábito de aquellos ilustres maestros; aquí seguimos siendo depositarios de aquel pasado glorioso, conservando lo que hemos podido, y nos han dejado conservar. Aquí está la casa solariega de la ciencia española. El siglo XVI, el siglo de oro de nuestro poder, de nuestra ciencia y de nuestra literatura ha dejado aquí huellas imborrables y una estela luminosa, que servirá siempre de hilo conductor para penetrar en los tesoros inagotables de nuestras antiguas grandezas. El siglo de oro y Alcalá son dos eslabones de una misma cadena, dos eslabones que van unidos consecutivamente. Hablar del Derecho y de la Teología, de la Medicina y de las Lenguas, es hablar de Alcalá de Henares. De estas escuelas salieron los obispos y los oidores y los adelantados, que en ambos mundos fueron el nervio de la tradición, del gobierno y de la solidaridad, que pudieron conservar bajo un mismo cetro y una misma corona tantos pueblos distintos y razas tan diametralmente opuestas. Al socaire de estas arcadas se mecen estas ideas y estos recuerdos, que forman uua historia tan gloriosa tan grande y tan excelsa, que pocos pueblos han podido poseer. ¿Queréis encontrar más glorias en un pueblo?... Pues ese pueblo galardonado por Cisneros con una Universidad; ese pueblo, que hizo justicia a Nebrija, cuando aquí se refugió, porque Salamanca no tuvo con él aquella hospitalidad que el sabio Maestro se merecía; ese pueblo, que le lloró el

día de su muerte, porque es bueno, noble y grande; ese pueblo, que le tiene vivo en su memoria, pues dedicada está a él una calle en lo más céntrico de la población; ese pueblo tiene el espíritu de Nebrija, y él forma el auditorio, que con ansia os va a escuchar.

***

Es ésta la hora de la apoteosis de ese insigne Maestro, de esa gloria de España, de ese ingenio peregrino, que en el mundo de las ciencias y de las letras se llamó Elio Antonio de Nebrija, pero que realmente debiera llamarse Antonio Martín de Cala y Jarava. Su amor a la antigüedad le llevó a ponerse el nombre de Elio; pero su idea cristiana, profundamente grabada en su alma, no le permitió prescindir del nombre de pila. Y ese nombre así formado, en mística conjunción y amigable consorcio del clasicismo romano con la vida cristiana, indica todo lo que fué Nebrija. Fué un renaciente en toda la extensión de la palabra, que se adaptó por completo al espíritu, a la marcha y al progreso de la época, en que para gloria de España e inmortalidad de su nombre tuvo la suerte de nacer; fué un renaciente, que se aprovechó de los valores culturales, que a la sazón fluían en todas partes, como por ensalmo; pero era español, y muy español, y no descuidó que ante todo debía dar culto a la tradición de sus antepasados, que eran tan religiosos y católicos como él, y por eso no olvidó nunca la religión, en que se había educado.

Lebrija, Salamanca y Bolonia formaron su inteligencia y ensancharon cada vez más, y en etapas sucesivamente crecientes y en círculos concéntricos de radios evolutivamente mayores, los horizontes de su cultura en una radiosidad tan inmensa y prolífica, que es fuerza rendirse a la actualidad prodigiosa de su espíritu gigantesco. Si no fué un genio, le faltó poco para serlo, pues tuvo todas las apariencias y características, que al genio adornan y simbolizan. Se meció en las cumbres más altas del saber, agotó toda la ciencia de su época y la redujo a fórmulas concretas en la extensa bibliografía, que salió de su penetrante y erudita pluma. Fué un sabio entre los sabios; y su saber ha quedado estereotipado en sus

obras, que viven hoy a pesar de los cuatro siglos, que han caído sobre su losa sepulcral. La pática del tiempo no ha podido envejecer su memoria. Y en sus obras han estudiado generaciones sin cuento, y en sus obras se han formado sabios innúmeros, y de sus obras ha salido la savia, que ha creado y nutrido toda la falange de maestros españoles.

Ante ese hombre inmortal os descubrís hoy vosotros, rico florón de la adolescencia española. Dentro de pocos días se cumplen los cuatrocientos años de la muerte del Maestro Nebrija. Y aquellos nimbos de gloria, con que le veis culminar entre los hablistas y los maestros, entre los historiadores y escritores, os atraen poderosamente y os impulsan a reuniros en torno de su tumba para rendirle vuestra pleitesía y vuestro homenaje. El Maestro insigne, que es recordado con cariño y con admiración todos los días en las aulas, necesita un recuerdo especial en el día de la desaparición de esta vida. El iluminó la vida de las inteligencias; y éstas agradecidas le devuelven la luz, que de él recibieron; le ofrendan la vida, que en él tuvo principio. Ante los manes de ese Maestro, portento y prodigio de la raza, trasunto de los sabios de nuestro gran siglo, cifra y compendio de los que fueron grandes por su propio trabajo y por su propia inspiración, aun a trueque de privaciones y de trabajos, que sería muy prolija y muy problemática su sola enumeración; ante ese Maestro, personificación del maestro y del caballero del siglo dieciséis, os descubrís vosotros, llenos de reconocimiento cariñoso y de veneración profunda.

Por vuestra imaginación y por vuestra memoria desfila el cortejo de sus trabajos y de sus innumerables y variadas obras. Y la labor ingente del maestro os detiene un momento en el curso de vuestra vida estudiantil. Juzgáis que, si no sois ateneístas, debéis por lo menos hacer un acto de presencia en lo que fué teatro de las glorias del maestro; comprendéis que, si os falta erudición, podéis suplirla con las galas de la fantasía; entendéis que, si no sois académicos, tal vez os hacéis la ilusión de poder llegar algún día al sillón de los inmortales, y el primer paso, que dais para ello, es el estudio del gran Nebrija, en una ocasión a todas luces justificada. El día dos del julio próximo se cumple el cuarto centenario de

la muerte de nuestro biografiado. Para entonces los calores estivales os tendrán a todos dispersos; y no será asunto fácil a resolver la reunión proyectada, no habrá voz poderosa, que pueda reuniros a todos en apretado haz para celebrar una velada necrológica en honor del polígrafo insigne y del maestro inmortal. Habéis hecho bien; y, antes que el presente curso termine, la voz de la conciencia, el estímulo del deber, las enseñanzas, que habéis encontrado formuladas en los libros, un espíritu recto e imperecedero de justicia y un amor íntimo a todo lo que sepa a español os han traído a este recinto, donde tal vez haya entrado muchas veces Nebrija, para decir a este hombre singular: que fué grande; que fué el orgullo de España; que fué modelo y ejemplo vivo de la raza; que fué ejemplar y dechado, donde deben inspirarse los que amen las letras y las ciencias; que fué el prototipo de la toga española, como un día dijo de él el gran Erásmo de Rotterdam; que llegó a ser estrella de primera magnitud en el cielo de la ciencia española por sus propios méritos y por su labor incesante, por su reflexión, que no reconoció rival, por su modalidad especialísima, que, si no redujo las ciencias y las letras al simbolismo de la Química y de la Matemática, las condensó en moldes novísimos, donde cupiera todo el saber antiguo y todo lo que el Renacimiento de las letras en Italia acababa de traer a España.

* * *

Esto, y más, fué Nebrija. El mismo dice que no nació en la opulencia, pero tampoco en la miseria. Y esta posición indefinida, que no sabe a pobreza ni a hartura, trazóle su derrotero, Nebrija, su patria chica, no le daba el ambiente, que él ambicionaba.

Era la época de los descubrimientos y de las grandes transformaciones. La Edad Media se derrumbaba, y con ella desaparecerían todos los convencionalismos y tautologías de una ciencia puramente especulativa. Lo objetivo, lo individual, lo concreto; un arte nuevo, un mundo nuevo se imponían de consuno al pensamiento. Y el pensamiento volaba, el pensamiento trazaba nuevos derroteros a la Humanidad. La

Humanidad se desprendía de la tradición, la Humanidad rompía los moldes antiguos para fundirse en moldes hasta entonces desconocidos, la Humanidad se salía del marco, donde un subjetivismo sistemático la había mantenido encerrada. Por eso la Humanidad se sentía otra, y buscaba nuevos ideales. Todo el que sentía en sí la llama del genio, se creía también destinado a conmover al mundo. Nebrija, pues, no podía contentarse con aquel simulacro de ciencia, que recibió de sus primeros maestros. Trasladóse a Salamaca, y allí estudió las Matemáticas con Apolonio, la Física con Pascual de Aranda y la Etica con Pedro de Osma. Cinco años estuvo en Salamanca, pero Salamanca era poco horizonte para el joven sevillano. Había nacido para algo más; podía repetir lo que Séneca dijo a otro propósito: *Ad majora sum natus.* Había nacido para estudios más altos y superiores que los que por aquella época se daban en Salamanca. Nuestro gran Nicolás Antonio lo hace constar así, cuando dice que, dada aquella época de atraso y hasta de barbarie, érale preciso, si quería aprender todas las disciplinas liberales, buscar nuevo ambiente, y remontarse hasta el origen mismo del nuevo pensamiento para allí enseñorearse de él y asimilársele por completo.

Escuchad estas palabras del laborioso e infatigable Nicolás Antonio: *Inde in Italiam aetatis anno undevicessimo transtulit se liberalium omnium disciplinarum, quarum studia apud nos e rogo veteris oblivionis et barbariei caput extulerant.* «De aquí, o sea de Salamanca, se trasladó a los diecinueve años de edad a Italia, la madre de todas las disciplinas liberales, cuyos estudios entre nosotros, no habían levantado la cabeza del sepulcro del antiguo olvido y de la barbarie.»

Por España marchaba al compás de los descubrimientos nuevos y de los recientes métodos y de las conquistas últimas del saber. Bolonia era una prolongación de España, o, si se quiere, el vigía, que España había puesto allí, para que diera la voz de alarma y avisara y diera a conocer a los españoles lo que de nuevo se iba produciendo, pues el Colegio de San Clemente fundación era del Cardenal español Gil Alvarez Carrillo de Albornoz.

Y a Bolonia fué Nebrija a los diecinueve años, y en Bolonia estuvo durante diez años, y en Bolonia cristalizó su espí-

ritu en la ciencia nueva y en los sistemas nuevos. Diez años consecutivos y sin interrupción estuvo Nebrija en Bolonia, dedicado exclusivamente a la ciencia y al estudio. Cursó todas las disciplinas de aquella gloriosa Universidad; y dominó el hebreo, el latín y el griego; y profesó la Teología, el Derecho, y la Medicina. Todo el saber del Renacimiento fué propiedad suya, hasta el punto de que el inmortal Luis Vives —la figura más excelsa de esta época cultural, a juicio de muchos— diga de Nebrija que se le llamó gramático, como podría llamársele teólogo, jurisconsulto, médico y filólogo; pues para él la ciencia de su tiempo no tuvo secretos, ni recónditos misterios, ni intrincados laberintos, ni fases, ni menguantes, sino que el sol magestuoso del saber brillaba sobre su cabeza en esplendoroso y meridiano cenit, del cual no se separó ni en ascensión ni en declinación, como si la ciencia hubiera nacido para cristalizar, sedimentarse y brillar en sus formas más límpidas y puras en el español insigne, a quien hoy con muy buen acuerdo, y haciendo el acto más perfecto de humana justicia, ensalzamos todos, no con aquella medida y aquel grado, que él se merece, pero sí con todas las fuerzas de nuestro espíritu, con todas las energías de nuestra alma y con todos los latidos y vibraciones de este corazón que es grande, de este espíritu que es gigantesco, de esta alma que escala las alturas más inaccesibles, porque esta alma y este espíritu y este corazón piensan, sienten y hablan en español.

***

Yo podría considerar y estudiar a Nebrija bajo múltiples aspectos. Yo le podría examinar limando el lenguaje español, la rica lengua de Castilla, que él analizó en los grandes autores, que por entonces saltaban a granel, pues, cuando un siglo es grande, lo es en todo. Yo le podría estudiar como maestro de Literatura latina e intérprete de los autores, que hablaron el idioma de Cicerón, en lo cual llegó a una altura mucho mayor de lo que pudiera decirse y excogitarse. Y le seguiría considerando, estudiando el Derecho y suministrando a los profesores de esta rama del saber las dicciones más

puras, concretas y exactas de la ciencia, que cultivaron Cayo, Papiniano, Ulpiano y Paulo en Roma y en la Edad Media Justiniano. Y avanzaría más, y le presentaría dando a los médicos nuevos materiales y veneros con su reforma del Dioscórides, *substractum* de toda la Medicina de los siglos XV y XVI. Y daría un paso más, y le haría saltar a la arena, vestido de bardo y cantando en rotundos versos el epitalamio de los Príncipes de Portugal. Y seguiría en mi carrera, y le haría intervenir como teólogo, asombrando a los varones más excelsos con sus disertaciones admirables, que formaron legión, y fueron la admiración, no ya de los profanos, sino de los hombres más competentes en la materia. Y sobre todo, y pasando por alto sus trabajos sobre el hebreo y el griego, y sus grandes y eruditas lucubraciones sobre Historia, amén de otras que versaron sobre Cosmografía y sobre la medida del meridiano, sería fuerza darle a conocer, como uno de los grandes hombres, que tomaron parte en la publicación de la *Biblia Políglota*.

Si ésta fué la honra más preciada y excelsa del eminente Cardenal Cisneros, según confesión suya, según palabra suya, porque por encima de todo lo que había hecho ponía su versión de las Santas Escrituras, según dijo él mismo al Rey Católico D. Fernando, júzguese cuál será la honra más insigne y la gloria más relevante de Nebrija, sino su intervención en la publicación de esta obra, sino la parte que tomó en la traducción de la Biblia famosa, honra y prez del Cardenal Cisneros, timbre de honor de España, corona inmarcesible de los sabios que la escribieron, recuerdo glorioso e inmortal de Alcalá de Henares, pues en Alcalá de Henares, y a muy pocos pasos de esta Universidad se publicó esta obra colosal, recuento del saber y de la laboriosidad espiritual, que en tiempos mejores fueron la característica y la librea de esta ciudad, donde vino a posarse el espíritu nuevo del Renacimiento y donde siguió la tradición gloriosa de aquel otro espíritu, que reverberaba en las obras del sutil Escoto y del Angel de las Escuelas Santo Tomás de Aquino, que siguieron siendo los dos faros luminosos, que, proyectando su viva luz sobre su gloriosa Escuela, pudo ésta asimilarse la nueva cultura, vivió la vida moderna, pero no descuidó nunca el

fundamento, que, como roca inconmovible, la aseguraría y la libraría de novedades y desaciertos.

* * *

Pero yo, discípulos del ilustre catedrático don Mario Méndez Bejarano y alumnos de los Padres Escolapios de Alcalá de Henares y de San Antonio Abad de Madrid, no puedo ni debo extenderme más, porque ni es lícito agotar la paciencia de un auditorio, ni soy yo quien para arrogarme la primacia en esta velada, que no soy yo el que la proporciono, sino que vosotros sois sus autores y sus paladines. A mí no me toca más que esbozar un programa; esbozo, que, contra mi voluntad y mi propósito, quizás se haya prolongado más de lo justo y equitativo, indicando puntos, señalando cuestiones, presentando aspectos y fijando facetas, que pudieran servir de punto de partida para entrar en esa intrincada posesion intelectual y en esas producciones complejísimas del Maestro Antonio de Nebrija.

No es ésta la modesta posición, que yo me he señalado al principio, cuando he comenzado a hablar. Era indispensable, sí, que os hablase, dándoos la bienvenida en nombre del Colegio; pero era también postulado irrecusable y principio inconcuso que la labor de investigación no me pertenecía a mí sino a vosotros. De todos modos, los jalones, que he puesto en la biografía del Maestro Nebrija, deben seguir en sus sitios. Con todo, mi cometido estaba limitado a un «saludo imprescindible», como antes he dicho, porque abrigo la convicción de que era mi deber haceros los honores de la casa, a cuyo frente estoy inmerecidamente. Y este cometido y esta misión, que han podido ser desempeñados por cualquiera de los profesores del Colegio —y siempre con más acierto— me los he asignado yo por consideración al Sr. D. Mario Méndez Bejarano, que tan dignamente está ocupando esta presidencia, y por deferencia y admiración a vosotros, que tanto habéis trabajado, no solo investigando documentos y registrando libros en las bibliotecas, sino venciendo dificultades, limando asperezas y moviéndoos, para que esta velada no muriese en flor, sino que fuese un hecho, como feliz-

mente ha sucedido así. Era de rúbrica que alguien os saludase y os diese la bienvenida al entrar en esta Universidad; y yo no he querido sustraerme a esta fórmula social, que me obligaba sobre manera con vosotros, a quienes por encima de todo debía yo atender cuanto pudiera.

Esto era un empeño mío, que he procurado cumplir lo mejor que he podido. Siempre hay deficiencias en todo, y desde luego las habréis encontrado. Pero tened en cuenta que el tiempo no ha dado más de sí. Apremios de todo género han pesado sobre nosotros, que no hemos parado un momento, a fin de que por lo menos lo substancial, lo indispensable y la buena voluntad no faltasen nunca. Creo que lo hemos conseguido. Y, más que todo, aquí estamos laborando con vosotros, para que sepáis que es una obra altamente meritoria y excelsa la que habéis realizado, ensalzando a Nebrija; para que os convenzáis hasta la evidencia que esta velada necrológica, que vosotros habéis preparado, es de una importancia tan capital que hoy no podéis comprender. Más adelante sabréis la trascendencia que estos actos culturales tienen en la vida de los pueblos por la ejemplaridad que revisten y por los alientos que comunican.

Y porque a mí no me compete hablar, sino que la tribuna no la debéis ocupar más que vosotros, yo debo cesar de hablar, para que la palabra sea solamente vuestra. Aquí estamos todos para aplaudiros. De nosotros no esperéis más que plácemes y enhorabuenas, que yo anticipadamente me complazco en tributaros. Lanzad al espacio esas ideas, que en Nebrija leisteis, porque esas ideas son flores, con las cuales tejéis la corona, que vais a depositar en la tumba del Maestro. Decidnos qué hizo el sabio, qué enseñó el sabio, qué escribió el sabio. Y esos juicios vuestros, que salen de vuestros cerebros, pero que reciben al mismo tiempo la vida y el impulso de vuestros corazones, serán rayos de luz, serán llamaradas de amor, que rasgarán los aires para ir a decir a los españoles, para ir a decir al mundo de los sabios que se acuerden de este hombre insigne en el cuarto centenario de su muerte. Esa corona espiritual tejida por vuestras almas y por vuestros corazones, esmaltada con las perlas de vuestras palabras y de vuestros pensamientos y juicios, os dará pa-

tente de artistas, y os dispondrá para vivir en la opinión, en la fama y en el recuerdo; os dará una vida espiritual, la vida de la inteligencia y del sentimiento; esa vida que es superior a la vida de los cuerpos; esa vida, que no está sujeta a las enfermedades y a las debilidades de la materia, sino que se nutre de un vigor y de una fortaleza, que no se encuentran en las limitaciones y en las impurezas de los sentidos. Si esá vida conseguís en los libros y en las aulas, os remontaréis a las excelsitudes y a las alturas, donde no se muere nunca, donde la fama a todas horas pregona la existencia de sus moradores, donde viven los sabios y los genios, como el Maestro Antonio de Nebrija.

José Cerdeiriña

NEBRIJA, MAESTRO Y POLÍGRAFO.

Señoras, señores:

La primera vez que yo fuí a la Biblioteca Nacional me llamaron la atención seis grandes estatuas que hay en la escalinata de la entrada principal, e imediatamente deduje que estaban erigidas a la memoria de seis hombres notables que habrían brillado, como astros de primera magnitud, en la república de las letras.



Florencio Tejerina

Y al estudiar la Historia de la Literatura, ella me ha enseñado la justa celebridad de esos hombres, cuyos recuerdos evocan aquellas estatuas, y muy principalmente la de Nebrija por un estudio especial hecho por encargo, para nosotros muy grato, de nuestro querido y sabio catedrático, Excelentísimo Sr. D. Mario Méndez Bejarano, para hacer un

trabajo con el fin de contribuir con él a la conmemoración del cuarto centenario de la muerte de esa gloria española, mejor dicho, del tránsito —porque las glorias no mueren— a mejor vida, en Alcalá de Henares en 1522, habiendo visto la luz en 1444, en la hermosa villa hispalense, Lebrija o Nebrija, de donde tomó el nombre, por el que se le conoce en la Historia, resultando así ennoblecida aquella población con la fama de su preclaro hijo, para que no faltara ninguna de las galanuras que ostentar puede otra cualquiera; pues la proximidad al mar, su situación sobre varios montículos separados por pintorescas cañadas, con sus vergeles y en un cielo de azul purísimo, como el de toda Andalucía, son circunstancias que forman un todo encantador.

* * *

Al considerar a Nebrija como Maestro, mejor que juzgarle, yo diré cómo lo han hecho las autoridades siguientes:

El P. Sigüenza le elogia en los siguientes términos refiriéndose a las pinturas de la Biblioteca del Escorial:

«Nuestro Antonio de Nebrija está con razón puesto entre estos varones tan doctos y tengo vergüenza lo estimen y conozcan mejor los extranjeros que nosotros sus naturales discípulos, que, sin exceptuar ninguno se pueden llamar así, de cien años a esta parte, todos los hombres doctos de España.»

Y Muñoz le llama «maestro por excelencia de la nación española.»

Erasmo le alaba en varias partes de su *Ciceroniano;* y en una de las cartas escritas a Vives, la llama: «Príncipe, egregio anciano, espléndido ornamento de la escuela Complutense, y por quien sus aulas alcanzaron fama universal e imperecedera.

Cuando el maestro andaluz había formado una brillante constelación de discípulos que diseminados por la península la alumbraban con los fulgores de la antorcha que él encendiera en sus cerebros; cuando ya Salamanca se había rendido a la fuerza de sus armas pudiendo de ello decirse:

«Destruída la barbarie
«Aquí la espada cuelga el Nebrisense»;

cuando sus métodos de enseñanza eran implantados en distintas escuelas españolas; cuando ya sus gramáticas habían sepultado en el más complento olvido todas las que anteriormente se hallaban en uso; cuando ya por todo ésto, consideró que su presencia en aquella Universidad no era tan necesaria, pensó retirarse de ella para dedicarse de lleno a lo que era su ideal, a la enseñanza; pero por medio de sus escritos para que ellos fueran una lección perenne para las generaciones presentes y futuras.

A realizar este ideal le ayudó, economicamente, su discípulo D. Juan de Zúñiga; pero muerto este bondadoso Mecenas, tuvo que volver a su labor de cátedra sufriendo en la Universidad de Salamanca un indigno y escandaloso desaire en una votación hecha por los escolares para proveer la cátedra primaria de Gramática, posponiendo al Maestro excelso a quien ningún mérito tenía.

Este acto, seguramente a vosotros como a mí, os llenará de tristeza, porque aquél, cuyo ideal le empujaba hacia la consecución del bien de la juventud escolar, fuera por esta correspondido con la más infame ingratitud.

Por desgracia la Historia nos dice que las injusticias a los grandes hombres se repiten a través de los siglos, a consecuencia de las bajas pasiones humanas: díganlo Séneca, Colón, Hernán Cortés etc...

Esta ingratitud hirió hondamente a Nebrija, no tanto por lo que le perjudicó en sus intereses materiales —pues la referida plaza le proporcionaba pronta y mejor jubilacion— sinó por ver pisoteado su honor profesional. En busca del bálsamo que aplacara algún tanto los dolores de su desgarrado corazón, marchó a la capital de su tierra, «la bella ciudad de Sevilla abierta como una rosa en una florida llanura», según frase de un poeta árabe.

También sería para él poderoso lenitivo el que el Cardenal Cisneros le trajera, al poco tiempo, a esta Universidad, donde le colmó de toda clase de atenciones.

* * *

Considerado Nebrija como Polígrafo, el P. Revilla dice que: «Es sin disputa el más grande de los humanistas españo-

les y uno de los polígrafos más portentoso que nuestra patria ha producido.

Muñoz escribe: fué tan instruído en variedad de lenguas, ciencias y facultades que merece de justicia los dictados de erudito». Y el mismo autor añade que: «Nebrija penetra y aclara el inmenso caos de la antigüedad erudita, siendo el confidente de las Musas, el interprete de Minerva y el monarca del imperio de la crítica, no igualándole ninguno de sus coetáneos en el conjunto de tan preciosas cualidades y poquísimos en el gusto latino.

Su discípulo el Pinciano afirma que «resucitó entre nosotros la Lengua latina y letras de las humanidades que tantos años habían estado desterradas de España».

Asegura Lelong en su *Biographie Literarie anciem et moderne*, que si Nebrija hubiera reunido en una sola obra sus preceptos y sus ideas es indudable que este español hubiera hecho más famoso e imperecedero su nombre en toda Europa».

Y el Italiano Pedro Mártir de Angleria escribió en 1489 una carta en verso, dejando en ella un testimonio plausible del triunfo de nuestro Nebrija.

Alvar Gómez dijo: «Nebrisensi Hispania debet quidquid habet bonarum literarum».

Y si se fueran a referir las alabanzas que de él han hecho tantos literatos españoles y extranjeros, sería no acabar nunca. No hay nombre ilustre que no le hayan aplicado: Hércules, Gerión, Pelayo, Cicerón, Aristarco... todo eso era en la República literaria.

Entre lo que publicó el inmortal Nebrija merecen especial mención sus gramáticas latina y caatellana y sus diccionarios el castellano interpretado en latín y el latino con interpretación castellana.

Estas gramáticas con los diccionarios forman época en la restauración de las letras españolas, pues entre todos los gramáticos del siglo XV ninguno había hecho ni gramáticas ni diccionarios aceptables.

Dió a la gramática latina gran extensión con el fin de que sirviera para los profesores, exponiendo en ella los preceptos en latín; pero pensando, con un verdadero criterio pedagógico

que no era conveniente ni siquiera posible, que los principiantes estudiaran una lengua valiéndose dc esa misma lengua que ignoraban, escribió sus *Introducciones* para que con facilidad, decía, puedan entender todos». Y de este modo, agregaba «sacaba la novedad de sus obras de la sombra y tinieblas escolásticas a la luz de la corte».

Mas he de advertir que esta gramática por haberse de ella hecho tantas ediciones y pasado por miles ineptas manos ha llegado a nosotros no con la pureza que la dejó su autor, pues muchos por ilustrar sus nombres suscribiéndolos al lado del del insigne humanista, la han quitado no poco del mucho mérito que tenía, con comentarios aumentos y sustraciones.

Está caracterizada esta obra por el doble aspecto gramatical y erudito, ya que en sus páginas corren paralelamente los preceptos y las contínuas observaciones que la amenizan con lo cual este sabio pedagogo realiza la misión educadora de enseñar deleitando. Y no sólo demuestra esta gramática las excelentes disposiciones de Nebrija como maestro, sino que nos prueba su vastísima cultura.

Además de hacer notable a la Gramática castellana el hecho de ser la primera publicada en nuestro idioma lo es, principalmente, por la claridad de sus pensamientos y la exactitud de sus quicios.

En ella hace Nebrija un verdadero estudio sobre el origen de nuestra lengua, expresando los cambios de consonantes, de vocales y terminaciones al pasar del latín al castellano.

En las «Reglas de Ortografía» propone entre otras cosas, que se emplee *c* y no *q* en *cual* y *cuando*, no admitiéndose tal modificación hasta muy entrado el siglo XIX.

Los diccionarios de Nebrija están caracterizados por su gran erudición y claridad. Y es prueba de la bondad de ellos el que fueron recibidos con general aplauso en España y fuera de ella; que se tradujeron al francés y al italiano y que el de Alonso Palencia, publicado un año antes murió al nacer los del Nebrisense.

Hasta la existencia de éstos, lo mismo en Italia que en otras naciones de Europa, hacían uso del «Catolicon» y otros vocabularios no menos malos.

Cuando Nebrija se encargó, en esta Universidad, de la cátedra de Retórica publicó *Artis Retóricae compendiosa coaptio ex Aristóteles, Cicerone et Quintiliano*, para que sirviera de texto.

En él, con sencillez y claridad, inserta lo mejor que escribieron Aristóteles, Cicerón y Quintiliano sobre el arte de la Elocuencia. En menos de un año estaba publicada esta obra y un año después salían a luz las «Elegancias Romanzadas», lo que prueba la energía del Nebrisense hasta en su más avanzada edad, pues asistía, además, a cátedra aunque el Cardenal Cisneros le había autorizado para que obrara según su voluntad y estaba a la vez ocupado en otros muchos estudios.

Ya queda dicho que Nebrija no solamente fué instruído en variedad de lenguas, sinó también en ciencias y facultades. Su tratado de «Cosmografía» es de gran mérito, como que Muzoz dice que: «no halló por entonces composición alguna en este género desempeñada con igual acierto y primor».

Esta obra mereció singular favor en Francia; se reimprimió con la Cosmografía de Francisco de la Yedra y con el texto de Pomponio, suponiendo los biógrafos que uno y otro fueron arreglados por el Nebrisense para formar un libro completo de Cosmografía y Geometría.

En él reconoce la importancia de la unidad de medida que según él debiera ser el pie y no el paso: «Y con aquel, dice, se puede fijar la capacidad del cántaro para medir lo mismo los líquidos que los granos y otros áridos. Aquí se ve bien clara la idea de la creación del sistema métrico, que no fué un hecho en España hasta la ley del 9 de julio de 1849. Confirma esta idea en la «Repetitio VII de Pondéribus» dondè indica la importancia de la relación entre el volumen y el paso, recordando cómo Arquímides resolvió el problema de hallar la cantidad de oro y plata de la corona votiva de Herón.

La medida más exacta que hasta entonces se había dado de un grado terrestre se debe a Nebrija; siendo muy notables las prásticas y cálculos que hizo, para determinar el verdadero valor del pie español, que le sirvió de base de medida, en

el círculo y la neumaquia de Mérida, así como en el camino de la Plata desde Mérida a Salamanca.

En la Biblioteca Nacional y en la de la Universidad hay un ejemplar rarísimo de un libro que se titula «Tabla de la diversidad de los días y horas y partes de hora en las ciudades villas y lugares de España y otros de Europa: les responden por sus paralelos» En el prólogo censura la costumbre de poner en en los calendarios al principio de cada mes que el día tiene tantas horas y tantas la noche. Y todavía los almanaques de ahora nos dicen que el sol sale y se pone cada día a tal hora, tantos minutos y tantos segundos.

«No pudo pensarse cosa de mayor desvarío —dice Nebrija— porque ni las partes del mes tiene entre sí igualdad ni el número de las horas de cada día es uno en todos los lugares».

Nebrija compuso un libro de educación, para la enseñanza de los hijos del secretario Almazán, primer ministro del Rey Católico, y por una parte que se conserva manuscrita se ve la erudición de su autor, su piedad, recto juicio y dotes pedagógicas ¡Lástima que tan hermoso libro se haya perdido! «Si conforme a los documentos del maestro —dice Mañoz refiriéndose a esta obra— se hubiera prescrito un método de educación y enseñanza, conforme a ellos, los progresos de la cultura nacional hubieran sido asombrosos»

Hizo grandes trabajos para conducir los estudios de la Medicina e Historia Natural a las fuentes de los griegos y a los buenos latinos que habían estudiado a aquellos. Frutos de esos trabajos fueron los célebres discípulos Pinciano, y Strany insigne botánico que comentó e interpretó a Hipócrates; Nicandro, Ledesma, Ponferrada, Monardes y otros muchos médicos célebres,

Examinó la traducción del «Dioscórides» hecha por Ruelio y la reimprimió en Alcalá en 1518, no contentándose con mera copia, sinó que la corrigió aumentando la obra con dos tratados. Uno de ellos es un vocabulario que contiene la traducción de los términos griegos y latinos de plantas, siendo de los primeros trabajos hechos para fijar la significación de las palabras de Historia Natural y Medicina.

También hizo profundos estudios acerca del divino Hipó-

crates recomendando las versiones hechas por Teodoro Gaza y Lorenzo Laurenciano. Los mismos trabajos hizo de Plinio. En el tratado de la educación consignó los preceptos de este sabio relativos a la salud de los niños. Y la maestría como trata la materia médica contenida en varios lugares de las obras de este gran naturalista latino demuestran su sabiduría en la facultad de Medicina.

Como Historiador le da Menéndez y Pelayo el calificativo de «elegante» Andrés Escoto le asigna puesto preferente entre nuestros historiadores y Muñoz dice que «fué notable historiador». Los primeros ensayos en esta materia los hizo ordenando la genealogía de la casa de su insigne discípulo D. Juan Zúñiga; escribió un Diccionario Histórico con los nombres de individuos de distintas clases sociales expresando las cosas notables que en ellos ocurrieron. También escribió cinco libros que utilizó Florián de Ocampo relativos a las noticias de los orígenes y antigüedades de España. Y extensamente la Historia de los Reyes Católicos.

Nebrija a la vez que trabajaba intensamente en restaurar la buena literatura y las ciencias naturales, emprende con afán la tarea de ilustrar las divinas letras.

Muchos textos de escritores sagrados fueron corregidos por él con verdadero acierto y maestría.

Pero los trabajos teológicos le ocasionaron hondos disgustos, porque envidiosos los teologastros de la sabiduría de Nebrija, de las atenciones y preferencias que le dispensaba el Cardenal Cisneros, quien le había encomendado la labor principal en la Biblia Políglota en la que trabajó 15 años hasta su publicación en 1517, le acusaron ante la santa Inquisición de sacrílego y falsario porque intentaba corregir la Vulgata latina, cosa que si hecha por un teólogo era digna de censura hecha por un gramático seglar era intolerable.

Era tal el amor que sentía por los estudios bíblicos y tal el celopor que la Políglota resultara como efectivamente resultó «un monumento de eterna gloria para España y faro de luz explendorosísimo levantado a la entrada del siglo XVI para iluminar toda aquella centuria» —según expresión de Menéndez y Pelayo— que hasta en el tiempo que las circunstancias le tenían separado de la monumental obra velaba por la

misma, como lo demuestran las cartas que con tal fin escribía al Cardenal Cisneros.

Examinada su labor pedagógica y literaria que sus obras reflejan y hecho ya mi humilde juicio, robustecido con el de tantas personalidades eruditas, poco me queda que decir. Su obra es la que verdaderamente le ensalza a la categoría de excelso maestro y polígrafo y dice elocuentemente que fué una verdadera enciclopedia.

Porque es mucho lo que de su trabajo vió la luz pública; pero está plenamente demostrado que fué mucho más lo que quedó sin publicación, sin duda por falta de medios económicos para ello; perdiendo la humanidad por incuria de unos y salvajismo de otros un incalculable tesoro cultural.

Por eso cuando yo leo que los Reyes Católicos favorecieron el desarrollo de las letras y de las ciencias hecho de menos, en la gigantesca labor del gran revolucionario de la república literiaria, ese apoyo que necesitaba para la publicación de sus obras, las que no serían desconocidas de los Soberanos dada la relación que el maestro andaluz tenía en la corte. Verdad es que la Reina intervino en alguna de ellas y que murió un año antes que Zúñiga; y no desconocía la protección de este procer, en la que confiaba seguramente.

A este preclaro maestro sevillano, le es deudora la enseñanza de todas las ciencias, y muy principalmente de las lenguas latina y castellana, del arte con que supo reducirlas a preceptos para facilitar su adquisición hasta las inteligencias vulgares. Él abrió las puertas al Renacimiento en España y «ésta le debe cuanto posee en tesoros literarios».

Por tanto, está obligada a tributar a tan plecaro hijo homenaje en todo tiempo y, muy especialmente, en el presente año.

Y como es sabido que el ideal de él era difundir la cultura en provecho de sus semejantes y en esa labor perseveró hasta exalar el último suspiro, nada más apropósito, para honrar su memoria, que continuar su obra cultural.

El Sr. Méndez Bejarano se lamenta en su «Historia general de la Literatura» que las obras de Nebrija no se hallen colecionadas; «porque en ellas, dice, resplandece la más alta expresión de las humanidades en su época».

Y el P. Revilla decía en 1917, que una «edición completa de sus produciones sería el mejor homenaje que podría dedicársele en su próximo IV centenario de su muerte».

Y sin embargo, los que dirigen los destinos de nuestra patria y por tanto la cultura —en sentido burocrático— nada han hecho y ¡ay! nada harán.....

Yo he leído con verdadero placer en distintos periódicos que en el presente año se proyectan festejos para honrar la memoria de cuatro glorias españolas:

San Isidro Labrador, S. Ignacio de Loyola, Sta. Teresa de Jesús y S. Francisco Javier con motivo del tercer centenario de su canonización.

Pero verdadero disgusto me ha causado el absoluto silencio de la Prensa respeto a esta otra gloria patria que un siglo antes había llenado de admiración al mundo literario.

Este silencio no puede tener otra causa que el desconocimiento de Nebrija. Pero si la Prensa guarda silencio, si los hombres de hoy callan —y supongo que no callarán todos— aquí están los hombres de mañana en este salón —donde tantas veces resonara la voz de aquel insigne humanista— para, a la vez que dejar en él un recuerdo que perpetúe su memoria, hacer también resonar nuestras voces, que si carecen de autoridad y de elocuencia, para cantar las excelencias de esa lumbrera española, están en cambio rebosantes de entusiasmo.

FLORENCIO TEJERINA GONZÁLEZ

NEBRIJA, HUMANISTA

Los hombres con carrera, cuando hablan en público, ponen de manifiesto que sienten miedo. Por supuesto que lo digo de referencia, porque no he tenido ocasión de escuchar un discurso en mi vida. ¿Para qué? Son tan pocos mis conocimientos... mis años tan pocos... No entendería lo que oyera. Ocupo este sitio, pero mirad que no es osadía sino obediencia a mi querido profesor. Si quienes saben, hacen salvedades antes de entrar en el fondo de lo que han de tratar,

¿cuánta benevolencia necesitaré yo? Porque, yo que apenas he entendido lo que me enseñaron; yo, que casi no sé manejar los libros de texto; yo, que desconozco la manera de decir... yo he de hablaros.



Alumnos de Literatura del Colegio de Alcalá de Henares con su profesor P. Angel Cabal, en el patio Trilingüe, donde se halla el histórico Paraninfo.

Mi querido maestro desea que os diga algo de aquel hombre, de aquella gloria española que en vida se llamó Antonio Martínez de Cala.

Para demostrar acatamiento a un mandato, los orientales

dicen: «Callo y obedezco». Yo he de hacer una pequeña variación para lo mismo: Obedezco y hablo.

Comienzo, pues, y sea lo que Dios quiera.

Desde que inicié mis estudios, no ha cesado de maravillarme el cúmulo de materias que es preciso aprender. Y son tan profundas algunas... Cuesta tanto el aprenderlas...

¡Qué bello es aprender!

¡Qué desgracia es ignorar!

Lo mismo que a mí, ocurre a los pueblos. Los libros me lo dicen. Tanto la Historia de España como la Universal, además de la sucesión de reyes, batallas y conquistas, hacen un estudio del progreso del saber. Es una lección de conjunto en cada época.

Hay dos fechas, afortunada una, la otra triste, que están íntimamente unidas a la civilización de las naciones: los años 1000 y 1453.

Convencidos los milenarios de que el mundo no se acababa al finalizar el siglo X, abandonan la preparación al bien morir y se aplican a las cosas de la tierra. Se acentúan los vicios, porque la lejanía de la muerte hace olvidar a Dios, pero este amor a las cosas terrenales es causa de que se multipliquen los medios y los deseos de que la civilización avance. Por ello, en medio de sus bárbaras supersticiones, la Edad media presenta esfuerzos de inteligencia y nobles sentimientos.

La toma de Constantinopla por los turcos, es origen de que muchos griegos abandonen su país y derramen en Occidente los tesoros de la antigüedad.

....

Elio Antonio de Nebrija vivió cuando las ciencias y el amor a ellas estaban en el más alto grado de desarrollo. Y hombre de ciencia fué, pues que se le atribuyen dos libros: uno sobre cosmografía, otro acerca del calendario. Además, y esto ya no es atribución sino cierto, midió un grado del meridiano terrestre. Pero no es mi ánimo estudiarle en este terreno, sino como humanista.

Más de una vez me han llevado a ver algunas fábricas y me ha admirado lo bien que hacían las cosas, pero, ¿y los instrumentos para conseguirlo? Yo no estoy en condiciones de formarme idea de toda la ciencia. Por lo que estudio, sólo

sé que es mucha, mucha. Pero me ocurre una idea. ¿Qué sería de la ciencia y de los estudios y de las comunicaciones entre los hombres de unas nacionalidades y de los de otras, si no se estudiaran los idiomas? ¿Cómo aprenderían en una parte lo que descubrieran en la otra? Sabiendo lenguas se puede estudiar todo, todo; sin ellas...

Por eso me encanta Nebrija, por eso le admiro. Como admiro a todo el que puede coger libros en varios idiomas y saber lo que allí dice.

Los libros del saber se escribían antes en latín, y él, Nebrija, escribió una Gramática latina. El castellano no había llegado aún a su absoluto desarrollo y escribió una Gramática castellana. Han pasado los años y no son inútiles, ni mucho menos: son utilísimas. Compuso también un Diccionario latino-español y español-latino. Trabajó también en la Biblia Políglota porque poseía el hebreo a la perfección y fué profesor de elocuencia en Sevilla, Salamanca y Alcalá.

Cuando mi buena madre recibe buenas notas de mis profesores, se pone muy contenta. Yo desde aquí envío a la ciudad de Lebrija mi modesto saludo, el humilde testimonio de mi admiración hacia el hijo querido de aquella población.

HERMINIO GAS GALÁN

Alumno de las Escuelas Pías de Alcalá

NEBRIJA, BOTÁNICO

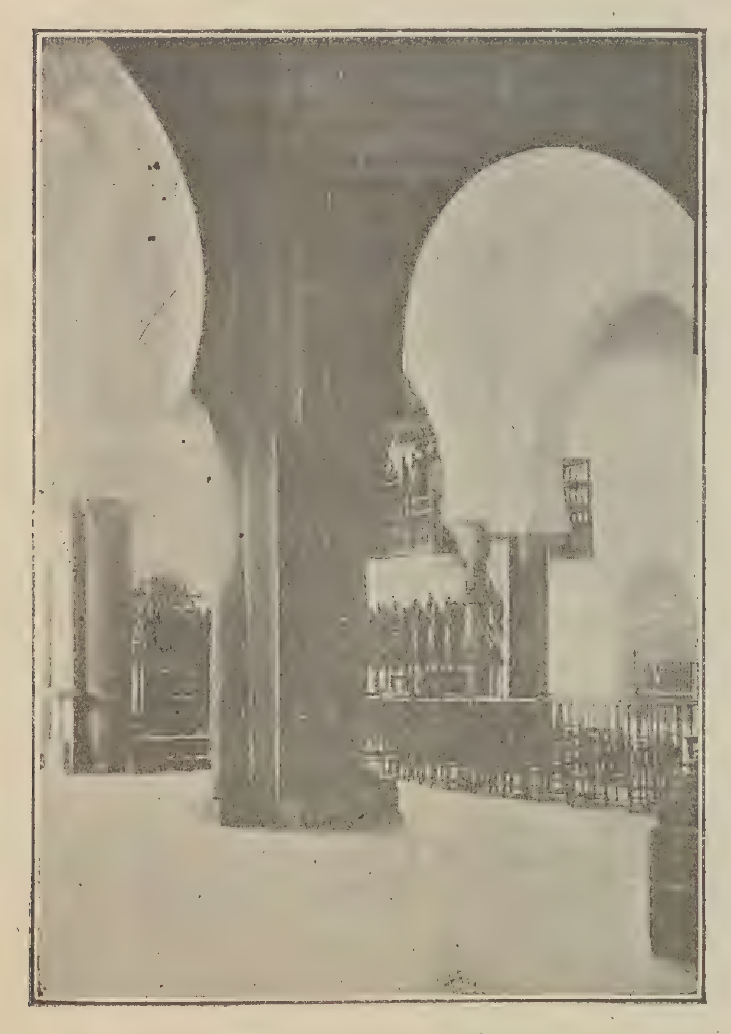
Entre los grandes literatos españoles, dignos de que se les rinda homenaje, figura el gran humanista Nebrija, cuya personalidad literaria registrada en todas las obras didácticas, ha merecido los honores de que se publiquen biografías especiales (1): esta es la razón por la cual, ante la grandeza del biografiado y la bondad de los trabajos publicados sobre

(1) Suaña y Castellet. (D. Emeterio).—Elogio de Cisneros con una biografía de Nebrija (pág. 19 a 101).

Torre y del Cerro (Antonio de la) Universidad de Alcalá.

Bautista Muñoz (Juan) Elogio de Nebrija (Memorias de la Real Academia de la Historia, tomo III.

el mismo, ha de resultar deficientísimo, el que tengo el honor de leeros en acto tan solemne, cuya feliz iniciativa es digna de todo elogio.



Iglesia Parroquial de Lebrija. Vista en diagonal tomada desde la puerta interior de la sacristía
Comprende parte del coro, capilla bautismal y órgano.

Elio Antonio Martínez de Cala, conocido también con los nombres de Martínez de Jaraba y Lebrija, nació en Lebrija, en tiempo del rey Juan II de Castilla, el año 1444 o sea el an-

terior a la gran batalla de Olmedo, según lo dejó escrito el mismo Nebrija, al ver que se equivocaba con frecuencia la fecha de 1445. Su muerte tuvo lugar en 1522.

Nebrija fué bautizado en la parroquia de Santa María, siendo sus padres Juan Martínez de Cala de Hinojosa y Catalina de Havana de Ojo, descendientes en 4.º grado de caballeros que demostraron su arrojo, recuperando a Sevilla y Lebrija del dominio de los moros. Casó con Doña Isabel Solís, hija de Sancho Montesinos, Caballero de Salamanca. (1)



Srta. Ascensión Más.

Nebrija fué considerado como uno de los primeros humanistas de los siglos XV y XVI; fué un hombre de extraordinaria cultura en los idiomas hebreo y latino, profesor de las Universidades de Alcalá, Salamanca y Sevilla, cronista de los Reyes Católicos, colaborador en la Biblia políglota de Jiménez de Cisneros, autor de una famosa gramática latina, consultada hoy todavía por los doctos, así como de otros muchos trabajos que no enumero, por no ser mi finalidad, la de estudiarle como literato, desde cuyo aspecto le estudian casi todos sus

(1) Para este trabajo se han consultado las obras de los Señores Suaña, Muñoz, Colmeiro, Chiarlone y Mallsina.

biógrafos, omitiendo los detalles referentes a otro orden de conocimientos.

Nebrija fué, además de literato aficionado a los estudios geográficos y astronómicos, prueba de ello, que se le cree autor de un tratado de Cosmografía; fué el primero que midió en España hacía fines del siglo XV, un grado del meridiano terrestre.

Nebrija estudió las matemáticas durante cinco años, bajo la dirección del célebre Apolonio, así como la Filosofía moral con Osuna y la Física con Aranda; y durante cuatro años en Bolema, el hebreo, griego, caldeo, ciencias matemáticas y naturales.

Su viaje a Italia lo realizó cuando tenía 19 años y cinco de estudios; permaneciendo en aquel país durante diez, debiendo haber verificado su viaje hacia el año 1460. Durante su estancia en él, frecuentó las aulas más célebres y oyó las explicaciones de los más notables profesores. Invitado a venir por el Arzobispo de Sevilla, éste le nombró preceptor ya yo de su sobrino Juan Rodríguez Fonseca.

Si la personalidad literaria de Nebrija sobresale entre las que descollaron en el siglo XVI, no menos digna de tenerse en cuenta es la aplicación de sus aptitudes para el cultivo de las Ciencias Naturales, que iniciara según parece en Bolonia, donde finalizó los estudios empezados en Salamanca.

Antonio de Nebrija, el célebre profesor de latinidad poseía, como dice el Sr. Suaña en su bibliografía, grandes conocimientos en Jurisprudencia, Ciencias sagradas y Medicina y prueba de ello (refiriéndome a esta última) que percatándose del alto valor científico que en la Medicina y Farmacia tenía la obra del insigne griego Pedacio Dioscórides Anazarbeo, reimprimió en 1518 la traducción que de esta obra hiciera Ruelio titulada *Pedacii Dioscoridis Anazarbei de medicinali materia...* (1) efectuando en ella algunas correcciones, así

---

(1) Joanne Ruellio suessionensi interprete «Impressum Compluti Carpetonioe in officina Arnaldi Guillelmi atque absolutum iiii nonas februarii anno anatali christiano MDXVIII.—Un tomo en 8.° mayor, sin paginación ni foliación.

como también adicionado un *Lexicon*, en el que aparecía la correspondencia castellana de los nombres *latinos y griegos*.

Acerca de esta obra me parece oportuno transcribir íntegramente, lo que dice el insigne botánico Dr. Colmeiro en una de sus obras (1). Existe en Madrid un ejemplar de este libro rarísimo y casi desconocido entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional; es la primera reimpresión que se hizo de Ruelio, publicado en París dos años antes. Débese la edición complutense al célebre humanista Nebrija (Antonio) que la adicionó con dos trabajos; el uno titulado *De Dioscoride patria et aetate et professione ex-variis auctoribus ab Antonio Nebrissensi decerpta;* y el otro más importante por ser un *Léxicon illarum vocum quae ad medicamentariam artem penitent* (2) Ocupa éste 25 folios, que terminan la obra a continuación de Ruelio, cuyo último pliego presenta las signaturas X, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI y los demás folíos sin ellas. El Léxicon tiene la correspondencia castellana de muchos nombres griegos y latínos de las plantas, y seguramente habrá sido consultado con fruto por los intérpretes posteriores que existieron en la Península. Pero Nebrija a su vez pudo tener a la vista el *Libro de las propiedades de todas las cosas, de Bartholumeus Anglicus*, traducido por Burgos (Vicente) e impreso en 1494 pot Meyer Tolosa; la *Obra de Agricultura de Herrera (Gabriel Alonso)* publicada desde 1513 en Alcalá de Henares, así como el *Compendio de los Boticarios, compuesto por el doctor Saladino y traducido por Rodríguez de Tudela (Alonso),* habiendo sido impreso en Valladolid un año antes, o sea en el 1515, donde lo fué también en 1516. *El servidor, libro veinte y ocho de Albuchasis, trasladado del latín* y no del Arabe, por el mismo Rodríguez de Tudela.

Refiriéndose a la actuación de Nebrija con respecto al Dioscórides, dice Don Juan Bautista Muñoz, en su *Elogio de Nebrija*, que este autor hizo un examen de las traducciones de Dioscórides, hechas por Hermolao Barbaro una, y por

---

(1) La Botánica y los Botánicos de la Península. Madrid 1858.

(2) El Sr. Suaña dice que fué impreso en Alcalá en 1518 por Brocario (pág. 70)

Juan Ruelio la otra, las que acaban de publicarse y que de este examen resultó el de reimprimir la de Ruelio, con un índice que facilitase la inteligencia del autor, imposibilitada de todo punto por ineptes intérpretes.

Estudios análogos hizo acerca del gran Hipócrates, sobre cuyos aforismos recomendaba las versiones de Teodoro Gaza y Lorenzo Laurenciano y cosa análoga realizó con Plinio, el gran naturalista latino, estudiando en algunas de sus obras asuntos relativos a la materia médica, preceptos concernientes a la salud de los niños etc., demostrando su pericia en estas cuestiones.

Si los anteriores títulos no fueron bastante para incluir a Nebrija en el catálogo de los que en España se han preocupado de las cuestiones medico-farmacéuticas, bastaría el solo hecho de que fué el primero que en nuestro país explicó una cátedra de Botánica en Alcalá, creada en 1590, para justificar la impresión que los Dres. Chiarlone y Mallaina (1) tenían del insigne humanista al decir lo siguiente: «digno es este autor de ocupar un lugar en la Historia a pesar de no haber sido farmacéutico ni médico».

Lástima grande que acerca de ésta importantísima fase de la cultura de Nebrija, no se hayan de momento encontrado datos esplicativos que hubieran sido de gran interés para esclarecer su actuación en este sentido y que tal vez se encuentren en los archivos de la famosa Universidad de Alcalá, ciudad que hoy es teatro de su homenaje y la que con tanto cariño nos acoje...

Pero permitidme que vuelva al concepto general que de este literato se tiene.

Al insigne Nebrija, Cisneros le adjudicó la cátedra de retórica, con crecidos emolumentos y la facultad de asistir o no a la misma, pero él, percatado de la importancia que tenían estas concesiones, intensificó, por el contrario, la enseñanza de tal modo, que dedicaba a sus cátedras 5 ó 6 horas de trabajo, esfuerzos que llegaron a comprometer su salud.

La personalidad de Nebrija es digna de estudio, veneró a

---

(1) Historia de la farmacia. Madrid 1865.

sus profesores, se captó las simpatías de los padres de los alumnos, que se asombraban del adelanto de sus hijos procuró no sólo no refutar a sus adversarios, sino omitir hasta sus nombres, tuvo alumnos tan notables como Cosme, Damien, Zaballos y el sabio teólogo Antonio de Honzala; y fué tan constante en el trabajo, que los domingos los dedicaba como descanso a escribir la Historia de los Reyes Católicos.

Nebrija, el gramático (como él se llamaba) aun cuando se le considerase como un sabio por la extensión y variedad de sus conocimientos; el que fué protegido por personas de relieve como Almazán, el primer Arzobispo de Granada, González de Mendoza, Cisneros, etc., el considerado por unos como un Proteo, por otros como un mágico, o bien consultado como un oráculo; el que causó la envidia de los famosos profesores de la Universidad de Salamanca y el que fué la admiración de Europa, bien merece que se le glorifique con motivo del 4.º centenario, si bien el presente trabajo no puede considerarse ni aún como un pálido reflejo de las hermosas y documentadas biografías que se han escrito, acerca de tan insigne literato sevillano, gloria de las letras del siglo XVI.

Ascensión Más Calderero.

Alumna del Instituto de Cisneros

NEBRIJA Y EL TRABAJO

Nunca como en esta ocasión he deplorado tanto la necesidad de poseer muchos conocimientos; nunca he deseado tanto, como hoy, hablar el lenguaje de los dioses; jamás he ambicionado con tan viva fuerza ser orador, ser poeta, como en el presente momento en que me veo, por méritos de la obediencia, impulsando a hacer el elogio de aquel privilegiado hombre, de aquel eminente polígrafo andaluz que se conoce por Antonio Nebrija. Mirad mi situación. A la orilla del mar se encuentra un niño, que con una concha trata de vaciar el el líquido elemento en un hoyo practicado en la playa. Imposible, niño, le ha dicho el divino Agustín que por allí pasaba.

Más imposible es aún, le ha replicado el infante, lo que tú pretendes: abarcar con tu limitada inteligencia las grandezas divinas. ¿Y no es también para mí un imposible el pretender con mi pobre inteligencia abarcar la gigantesca figura del preclaro hijo de Lebrija?... Vuestra benevolencia me escuda y yo me lanzo a deciros que «el trabajo fué el fluido maravilloso que hizo brillar como astro de primera magnitud al Maestro Nebrija.»

Muchas veces he oido decir; y yo lo he llegado a creer que sólo a los talentos privilegiados estaba reservado ceñir la corona de laurel, que sólo ellos podían levantarse sobre el nivel común de los humanos. Nada menos cierto. La serie de hechos, que la historia señala acaecidos en la superficie de nuestro planeta, viene demostrando, en todos los órdenes de la vida, que, desde que Adán sembró la tierra de espinas y abrojos, sus descendientes venimos sujetos a la ineludible necesidad de aplicar el sudor de nuestra frente a extirpar esos abrojos, no sólo para obtener el sustento cotidiano, sino para llegar a alcanzar un lugar señalado en la sociedad. El hombre que se cruza de brazos, jamás conseguirá nada útil. Mirad esos campos encantadores, limpios de toda semilla perjudicial, produciendo el ciento por uno, porque su dueño no perdona ningún trabajo o cuidado cultural. Ved aquel humilde pastorcillo, ciñendo con el nombre de Pío V la tiara de San Pedro y escalando por el trabajo continuado la región de los inmortales para sentarse entre los Santos y llamarlos sus iguales. Y el tesón y la constancia de «aquel genio de ambición —que, en su delirio profundo —cantando guerra, hizo al mundo— sepulcro de su nación,» ¿no fueron los resortes poderosos con que llegó como a hacer pajaritas de papel con los tronos de Europa? Quién penetra en las intrincadas mallas de la materia organizada para hallar los elementos primordiales de la vida orgánica? El trabajo en la persona de Cajal. ¿No se llama Pasteur aquel bienhechor de la humanidad, que, con paciencia benedictina, va analizando los gérmenes patógenos y señalando sus remedios? No veis al trabajo, apellidándose Colón, después de serios estudios, mendigar de puerta en puerta el apoyo necesario para sacar del fondo del Océano la perla de América? Y no es también el

trabajo el que llevó a las alturas de la inmortalidad a aquel Apóstol de la enseñanza, aragonés de tan recio temple de espíritu como de cuerpo, San José de Calasanz, que, ostentando ya la borla de Doctor en Cánones y mientras se preparaba en estas aulas complutenses para recibir el título de Doctor en Teología, ensayaba su apostolado, dedicando el tiempo libre a enseñar la Doctrina Cristiana a los niños y jóvenes en la Ermita del Cristo de los Doctrinos?...

Yo observo, Señores, que lo mismo los individuos que los pueblos son grandes por el trabajo, y que si éste no acompaña al genio, de poco o nada aprovecha esta potencia creadora.

Para desterrar «la dañosa ignorancia» que, en frase de Cisneros, entenebrecía los primeros tiempos de la Edad Moderna, fundó este gran hombre un taller del trabajo que se llamó Universidad de Alcalá. Pronto se llenó de hombres ilustres tan insignes o más que los extranjeros, «venidos, según escribe el doctísimo Sr. Méndez Bejarano en su Historia General de la Literatura, a desbastar nuestra aristocracia y a civilizar a aquellos castellanos, que Bocaccio llamaba *semi-barbari et efferati homines.*» Entre todos los doctos profesores de este Centro de cultura destácase Nebrija por su asiduidad en el trabajo. Cisneros así lo ha comprendido y no solo lo llama a su lado y lo toma por consejero, sino dondequiera que hay una Cátedra nueva, allí coloca a Nebrija para que la organice y le dé empuje y esplendor. Latín y Humanidades eran los estudios favoritos de este eximio varón, pero en 1518 le veis sentado en la recién creada Cátedra de Botánica, explicando, con asombro de sus contemporáneos, con igual lucidez y constancia que años anteriores lo hicieron en Latín, Cosmografía, Retórica y Castellano. En el mismo año este genial enciclopedista imprimió en Alcalá una traducción del Dioscórides y le añadió un «Diccionario de plantas medicinales», completamente original. Trata Cisneros de dar a los sabios una Biblia Políglota, y en ella vemos trabajar sin descanso a Nuestro Nebrija por espacio de 15 años. Amante éste, como el Cardenal, del verdadero saber, no limita su acción sólo al campo de las letras. Las ciencias sienten también caer sobre sí las perlas del sudor de la frente del Nebricense.

La historia nos cuenta que él señaló 62.500 pasos geométricos para cada grado del meridiano terrestre, y dejó grabada en «una tabla de diversidad de los días, su aumento y disminución en varios pueblos de Europa, sus paralelos y respectivas latitudes», según dice el citado Sr. Bejarano en la misma obra

Pasma, en verdad, la asombrosa labor de este hombre que tan grandes nos hizo ante el mundo y tan ingratos con él nos hemos mostrado, teniéndole sepultado bajo la fría losa del olvido. ¡Gloria al genio bético de Nebrija! que, si lució en el cielo de la ciencia y de la virtud cual astro potente de luz y belleza, fué debido al consumo de incontables energías durante los años de su vida. ¡Honor y gloria, pues, al que nos trazó el camino para ser grandes! Y quiera el cielo que esta idea que hoy realizáis y a la que con placer sumo nos unimos todos los aquí presentes y representados, sea augurio de días más felices para la España que el Lebrijano enalteció con su talento y su trabajo, y para él, de homenajes y recuerdos que recompensen con creces las omisiones y olvido en que ha estado por espacio de cuatro siglos.



Srta Fustegueras Méndez
descubriendo la Placa dedicada a Nebrija.

Plácemes mil a vosotros, aventajados alumnos del Instituto del Cardenal Cisneros, por el acto que estais llevando a cabo, y a vos, Excmo. Sr., su sabio Catedrático, por haber patrocinado y alentado a vuestros discípulos en

tan hermosa idea de cultura; y también por el acierto con que, a imitación de vuestro compatricio, vais formando esos ricos planteles de jóvenes laboriosos, que en su día darán a la Patria honra y gloria, imitando en el cultivo diario de las ciencias y de las artes al laborioso hijo de Lebrija. Habeis venido con entusiasmo a honrar al Maestro trabajador; habeis querido perpetuar vuestra admiración y homenaje en esa artística placa, en la que habeis acertado a simbolizar la hermosa y magna labor de Nebrija, pero ¡ah! también vosotros sois dignamente honrados, porque al pie de esa lápida leerán siempre las generaciones venideras: el día 7 de mayo de 1922, a los 400 años de inexplicable olvido, fue enaltecida la memoria del Maestro Nebrija por el docto Catedrático Sr. Méndez Bejarano y por sus alumnos de Literatura, y como recuerdo imperecedero de admiración dejaron una artística placa colgada de las paredes del Salón de Actos de la antigua Universidad de Alcalá, relicario venerando de la Universidad Española.

Pedro García Arévalo.
Alumno de los Escolapios de Alcalá.

LOA EN HONOR DE NEBRIJA

PERSONAJES

La Lengua latina.
La Fama.
El Tiempo.

La Lengua latina:

Lloro otra vez la muerte del gran hombre
a quien debo mi vida en las Españas,
Del insigne Nebrija, aquel gigante
Que las sacó de su rudeza bárbara,
Trayendo mis riquezas a una tierra
Donde estaba al olvido relegada.
Cada siglo dedico a su recuerdo
Este amargo dolor que me desgarra;
Y hoy es la cuarta vez que, en su memoria
Dejo el triste tributo de mis lágrimas.
Así como tú puedes darle el premio
Con palmas y laureles, dime, Fama,
¿No es justo que yo pague sus esfuerzos
Con todos los afectos de mi alma?

La Fama:

Razón tienes; mas, dime, aunque en mi libro
Están con letras de oro bien grabadas,
Cuáles fueron sus obras y su vida
Pues sabes que el oírtelo me agrada.



Srtas. Gotarredona y Peiró y Sr. Abollado, recitando la *Loa* en honor a Nebrija.

La Lengua latina:

Escucha, pues: Cuando la hispana tierra
Se hallaba sumergida en la ignorancia,
Con magnánimo arrojo y mano firme
De tan triste barbarie fué a sacarla.

La tierra de Sevilla, do las flores
Que con su aroma perfumado encantan
Son adorno del manto de verdura
Que forma el matiz puro de las plantas,
Comarca de poetas y guerreros
Fué la suya; Lebrija fué su patria.
Joven aún, oyó la voz interna
Que a marchar hácia Italia le impulsaba
Para estudiar allí las buenas letras,
Para estudiar allí mis enseñanzas.
Obedeció al momento; y ya instruído,
Volvió anhelante a su nativa patria
Revolviendo mil planes en su mente
Para empeñar la singular batalla.
Tal como el labrador que en el invierno
Esparce la semilla en la labranza
Y ve, después del caluroso estío
El pago en la cosecha deseada,
Así dejó la mies del humanismo
En sus obras gloriosas encerrada,
Y vió crecer, a fuerza de sudores
De tan noble afición las tiernas plantas,
Y en el arbusto de la hispana lengua
Injertó de ellas la reciente savia.
Siendo una obra tan grande y tan gloriosa
La que dejó Elio Antonio realizada,
¿Será posible ¡oh tiempo! que destruyas
Del ínclito Nebrija la obra magna?

El tiempo:

Tu ruego me conmueve, pues tu elogio
Me hizo vencer a mis terribles ansias.
Yo te prometo respetar sus obras,
Yo te prometo eternizar su fama
Perpetuando la gloria de su nombre
¡Porque fué el vencedor de la ignorancia!
Mas no quiero que queden ignoradas
Las obras del insigne Nebrisense,
Restaurador de la cultura hispana.

La Fama:

Dejemos, pues, en su gloriosa tumba
La corona de lauros, conquistada
Por sus grandes esfuerzos, y ya nunca
Serán las flores de ella marchitadas
¡Por ser para la gloria de un coloso!
¡Por ser para la gloria de la Patria!

RAFAEL LAPESA DE MELGAR.

La Artística Placa.

Interpretación.—Los dos personajes, uno romano y otro de la Edad Media, representan la civilización de Roma y la rudeza medioeval. Nebrija, —cuyo retrato aparece en el centro,— pone en comunicación esas dos edades con los estudios clásicos, apareciendo el Renacimiento en España, representado por la antorcha. Los dos escudos son los de Lebrija y Alcalá.

Autor de esta composición es Florencio Tejerina González, de 14 años de edad alumno de Literatura del Instituto del Cardenal Cisneros y de la Escuela de Artes y, Oficios de Madrid, en la cual obtuvo en el curso pasado premio por oposición.

Los esmaltes son obra del Sr. Perdigón, Profesor de Modelado en el Instituto Nacional de Sordomudos. El repujado se debe al Sr. Cañizares.

EN EL DESCUBRIMIENTO DE LA PLACA

¡Gloria inmortal a Antonio de Nebrija
talento cumbre entre talentos dignos,
apasionado amante de la ciencia
con quien pactara desposorios místicos
en el altar sublime del trabajo
donde el Genio se inmola en sacrificio!



Emilio Sánchez Barbudo.

¡Gloria inmortal al humanista insigne,
al sembrador de gérmenes benditos
en el solar de la cultura hispana
que por su mano pródiga esparcidos
fueron más tarde floración espléndida,
y cosecha de frutos exquisitos
en aquella explosión renacentista
raudal de vida, asombro de los siglos!
¡Gloria al hijo inmortal de Andalucía,
madre fecunda de preclaros hijos,
ubérrimo plantel de rica savia,
árbol frondoso de gigantes bríos
donde, el Arte, bajando de los cielos,
plegó sus alas y colgó su nido!
¡Gloria inmortal a Antonio de Nebrija!
¡Su nombre bendecid! no es sabeismo
adorar a estos astros rutilantes
y seguir animosos sus vestigios.

Venga la juventud en hora buena
en homenaje unánime y sentido
las glorias a cantar de su alto nombre
en este templo de saber antiguo,
histórica mansión donde las Letras
reclutaron magnánimos caudillos,
aulas de bendición, donde Nebrija,
al igual que otros mil, formó su espíritu.



Srta. Carmen Fustegueras Méndez
que descubrió la Placa dedicada a Nebrija.

Ahí tenéis esa lápida, que ahí queda
en este venerado Paraninfo.
¡Ahí tenéis esa lápida! que hable
que tome regia voz su metal frío,
y nos dirá cómo ella simboliza
incrustación de juvenil cariño,
admiración, recuerdo y homenaje,
página abierta de elocuente libro
que nuestros nietos leerán mañana
y seguirán leyéndolas sus hijos;
y será memorial de fausta fecha,
génesis noble de entusiasmos vivos,

de laboriosidad fuerte acicate,
de nuestra gratitud perenne archivo.
Que fué, sí, el que esa lápida recuerda
ejemplar siempre del deber cumplido,
inteligencia de potentes luces,
y corazón de temple a lo divino,
y voluntad de férrea constancia,
y alma gigante de gigantes bríos.
 Ved por qué, mis queridos compañeros,
honrando a tan ilustre compatricio,
al Arte honramos que nos dió esta joya,
nos honramos también nosotros mismos,
y a nuestros entusiastas profesores;
honramos este histórico recinto,
y a nuestra hermosa Patria, en fin, honramos,
¡que es su orgullo la gloria de sus hijos!

EMILIO SÁNCHEZ BARBUDO.
Alumno interno del Real Seminario de S. Antón.





Vista general de Lebrija (Sevilla)

DISCURSO DEL EXCMO. SR.
D. MARIO MÉNDEZ BEJARANO.

SEÑORES:

No pensaba tomar parte activa en el solemne acto que inmerecidamente presido para no arrebatar a tan simpática fiesta ese perfume de adolescencia, esa aureola de ingenuidad que la nimba con singular encanto, mas ya que persona tan respetable como el Sr. Rector nos ha gratamente sorprendido con elocuentísimo discurso, hondamente pensado y magistralmente leído, la cortesía me obliga a pronunciar frases de gratitud, de justa correspondencia, invocando la égida de la sorpresa para disculpa de las deficencias inherentes a la improvisación.

Nada dignifica como la justicia y un acto de justicia consuman los estudiantes anticipándose con generosa iniciativa a las doctas corporaciones y haciendo cruzar una ola de ilusión sobre los convencionalismos académicos y las arideces de la vida. Si algún orgullo ha llevado sus vapores a mi cabeza, sólo ha sido el guiar esas juventudes que todos los años se renuevan en torno de mi cátedra, como todas las primaveras se suceden nuevas floraciones al pie del añoso tronco que les da su savia y las bendice con su sombra.

Unámonos, jóvenes alumnos del Instituto y las Escuelas Pías, en el recogimiento de la veneración debida a este capitolio de la ciencia hispana, pues ninguna universidad lució sello tan genuinamente indígena ni imprimió más carácter práctico a la revelación de su enseñanza. Por los amplios patios y las históricas salas contempla la fantasía desfilar augustos espectros, lampos de crepusculares glorias, la mente levanta sus ojos al ideal y se aprieta el corazón contra el corazón de la patria.

Mi enhorabuena y la de toda la nación a los Padres Escolapios por la acertada organización de esta ceremonia, por nosotros concebida en bloque y por su patriotismo dispuesta con inesperada brillantez. Así han respondido a su abolengo,

pues nadie osaría alegar mejor derecho a la posesión de la vetusta universidad, no sólo porque honrara sus aulas el venerable fundador de la orden, ni porque un docto escolapio, el P. Agustín Paúl, editara y sabiamente comentara el Arte de Nebrija a fines del siglo XVIII, sino porque ninguna orden se ha preocupado cual ellos de la misión docente hasta el punto de erigirla en único objetivo de su existencia, ajenos a toda miseria de lucro o vanagloria, ansiosos de iluminar las conciencias: que por algo se compara la ignorancia a la sombra y nada más fácil que extraviarse en las tinieblas.

Sobresale entre todos los fundadores el de la orden escolapia por aquella sobrenatural clarividencia con que sorprendió en la ignorancia que para nada sirve y para todo daña, la positiva raiz del mal y del infortunio.

Hasta el malhechor sueña cumplir el bien cuando ejecuta el mal, solo que la ignorancia le representa el mal con el espejismo del bien. Por eso los grandes crímenes se cometen casi siempre por los más ignorantes.

Penetrado de tal verdad, José de Calasanz siente la generosa obsesión de ilustrar el mundo. Interviene en la reforma de los agustinos descalzos, apacigua los bandos que ensangrentaban a Barcelona, mas no le engríen tan legítimas glorias. Una voz interior le llama a la Ciudad eterna para plantear su ideal que formulaba así: «Una educación cristiana y buena para fomentar la virtud y la felicidad».

Desdeñado por el Senado, rechazado por los jesuítas y los dominicos, instaurada sus primeras escuelas en la tristeza del Trastevere, donde reina la miseria, pues no buscaba el beneficio en los alcázares; antes bien descendía, siguiendo los pasos del Maestro, a la compañía de los que lloran y pecan por ignorancia y solo perseguía tinieblas que esclarecer y lágrimas que enjugar.

Renuncia canongías y episcopados, hasta el arzobispado de Brindis, y se concreta a su obra de redención social, pautando la enseñanza intuitiva, que se estima valiosa conquista de la pedagogía moderna y que el humilde sacerdote sembraba en la pantanosa superficie del Trastevere para que germinara en ese silencio que envuelve las elaboraciones de la Naturaleza.

Dando ejemplo de evangélica tolerancia, acogió en sus clases veinte hijos de familias hebreas, pues para él, cual para su modelo, que murió por todos los hombres, sin distinción



Excmo. Sr. D. Mario Méndez Bejarano

de razas ni de creencias, no había en el mundo enemigos, sino hermanos, más dignos de caridad por su infortunio, y tanta fué su grandeza de alma, qne antes faltó mundo para su amor que a él le faltara amor para todos los seres.

La calumnia que busca como el rayo, todo lo que se eleva, no consiguió sino acrisolar su derecho a la inmortalidad.

Mis parabienes a la ilustrada orden que tan gentilmente nos recibe, a los jóvenes escolares por los trabajos presentados, al Alcalde y Ayuntamiento de Alcalá, representantes de la ciudad más castiza y española de Castilla, de la urbe que jamás sintió exclusivismos ni despertó emulaciones por ser su gloria la gloria de toda la nación.

Con toda el alma agradecemos su afectuosa hospitalidad a la antigua Complutum, amada y engrandecida por Trajano, la Al Kala Nahar, de caballerescos episodios, suelo bendito donde vertió su feracidad la naturaleza, plasmó la cultura nacional y se imprimió esa maravilla llamada la Biblia Políglota, alma máter de la Universidad creada por Cisneros el hombre símbolo de la energía de la raza; ciudad nobilísima y resignada, víctima de injusta postergación, que no ha protestado del continuo despojo, dejándose arrebatar, ya su merecida categoría, ya su episcopado ya, en fin, su prestigiosa universidad, con ingratitud que reviste todos los caracteres de la profanación.

A tan hidalgo solar, a su clarísima Academia, hija del Renacimiento, competía iniciar el centenario, no meramente de un sabio, sino del despertar español a la vida universal de la civilización. El Renacimiento es como una sonrisa de la humanidad entre dos férreas edades ¡Quién viviera sus agitados días u otros análogos de fuerte idealidad, en que la musa producía epopeyas, el arte colosos; el hombre convertía en risueña mansión el valle de lágrimas y sentía bajo sus plantas, pequeña para el ideal, dilatarse la tierra, y abrirse sobre su frente los cielos para revelarle sus secretos, permitiendo a los ojos humanos la violación del infinito!

Cansado su pensamiento de torturas, aun estremecida por los terrores milenarios, Europa volvía el rostro y brindaba sus labios al ósculo fecundante de la sabiduría clásica.

Roto el troquel de la edad media; desangrada una concepción que nada nuevo podía dar, agotado su contenido vital, de cuerpo presente la exhausta Escolástica, a su lado, más bella y más humana la vieja sabiduría, semejaba ser la joven trayendo en su rostro promesas con que reemplazar los desengaños.

Con el remozamiento resurge la alegría helénica, la mito-

logía vuelve a hacer presa en la poesía; se espiritualiza el paganismo y se materializa el cristianismo, cuya ascética severidad se desvanece con el culto del arte por el arte y el refinamiento de los sentidos. Un ansia inmensa de saber, de hacer y de gozar invade al mundo. Parece que se redoblan las palpitaciones de la Tierra y un himno triunfal resuena en el espacio. Es, como decía Gregorovius, una bacanal de la civilización.

El hombre se desposa de nuevo con la naturaleza y la adora con el recrudecimiento de pasión que acompaña a las reconciliaciones, anhelando desquitar el tiempo perdido viviendo en su seno y confiando en su amor.

A la evocación de la antigüedad, renace en Florencia la filosofía platónica; se pronuncia el nombre del Maestro con la misma veneración con que Petrarca había besado el manuscrito de Homero, que no entendía: en Roma, Pomponio Leto cultiva su viña ciñendo la toga latina, el cardenal Bembo rehusa leer su breviario por temor de cxtraviar el gusto de la bella latinidad; los eruditos se decoran con nombres griegos y latinos y hasta Eneas Silvio, exaltado al trono pontificio, adopta el nombre de Pío II en homenaje al Pío Eneas.

No trata el movimiento renovador de renunciar a una fe incrustada en el alma por el constante golpear de diez siglos. Admira la naturaleza, pero quiere mantenerse en la fe de Cristo, ora hermana en los poemas la mitología gentil con el maravilloso cristiano, ora baraja los filósofos atenienses con los apologistas; intenta pensar con los Santos Padres a la vez que escribir como Cicerón, mas en el fondo prefiere las estrofas de Píndaro a los versículos de los Salmos.

Procura revestir el dogma con los esplendores clásicos. Mas ¡ah! si la forma es la posición de la esencia, parece imposible arañar la forma sin clavar algo la garra en la sustancia del fondo.

Estalló en esta sorda pugna el hambre de saber, y los renacentistas, olvidados de Santo Tomás, adoraron a Rabelais que no tenía fe mas que en la ciencia. A esta inquietud del ánimo se debió que no copiasen a modo servil los modelos de la antigüedad, antes bien, imitaron con briosa originali-

dad, porque llevaban en las entrañas el principio del libre examen.

A su curiosidad, a su espíritu crítico debió el Renacimiento su carácter profundamente liberal que relampagueó con gallardías de emancipación. Así Luis Vives apellida a los renacientes *libera ingenua*, ciudadanos de la república literaria que vindicaban su libertad. Las energías sociales sacuden las tutelas que las mediatizaban; se desploma la gerarquía feudal, y el individuo con mayor conciencia de su personalidad, se une directamente a la soberanía. La castellana bajó del Torreón a los salones, el plebeyo ascendió de la gleba al estrado, las majestades menores se disolvieron en las grandes concentraciones reclamadas por la época y, con el boceto de las modernas nacionalidades, se individualizan los idiomas y se preparan las edades de oro.

No bastó su médula liberal a sustraer la florescencia renacentista al peligro iconoclasta. Secta, escuela o partido, toda opinión triunfante se ceba en el vencido y aspira a borrar su recuerdo. Cristianos y mulsumanes destrozaron las maravillas artísticas del pasado, que, con la belleza de las formas, parecían insultar su exaltación religiosa. La iglesia bizantina, enseñoreada del Oriente, persiguió a la latina, destruyó sus libros, proscribió hasta su alfabeto, y tanto la Historia antigua como la renaciente hierve de análogos excesos.

No solo en el mundo físico se regulan los fenómenos por la relación de la potencia a la resistencia, también en la esfera espiritual y social, todo impulso se encauza por la oposición de lo existente. Cuando las universidades, entregadas a un híbrido ergotismo, se vieron amenazadas con la enseñanza del griego, alguien lanzó la voz de alarma exclamando: «Vade retro. El griego es la lengua de las herejías», y las avanzadas del torrente se estrellaron en las universidades a modo de rugiente oleaje, y las salpicaron con sátiras y protestas.

Como si despertase de horrible pesadilla, Europa se bañaba ebria de júbilo en la luz de los descubrimientos. Hasta Urania con su veste azul y su corona estelar, mostrándole un infinito sideral con el cual no veía relación inmediata, le inducía sospechar ignotas magnitudes sugiriendo la sospecha

de que todo el universo era algo más que el escenario de los terrícolas.

La Filosofía reacciona contra la agotada Escolástica, fruto seco y sin color, desde que, arrancado de su rama, no recibió más savia y hubo de nutrirse consumiéndose de la que por sus fibras discurría. Se restaura la filosofía griega, aunque libremente interpretada. El platonismo, la altísima especulación rectora del Occidente, que saltó al Oriente y unió dos mundos para legar la humanidad al cristianismo, no satisfecho de la filosofía posterior, salió de su tumba para guíar de nuevo la conciencia y resucita a orillas del Arno con el amparo de los Médicis y por ministerio de Marsilio Ficino, los laureles de los jardines de Academo, entre las aclamaciones de Erasmo que fundía en un arrebato el paganismo y el cristianismo prorrumpiendo: !Qué felices serían los pueblos cristianos gobernados por Antoninos y Trajanos!

Supone el movimiento que culmina en el siglo XV una total renovación de la mentalidad y de la vida. Su espíritu vertió a raudales la gracia y la armonía en un arte confuso y desordenado, que se coloreó ante el clasicismo con rubores de sorprendida modestia. La arquitectura inició el regreso a los modelos de la antigüedad y, con amplitud de horizontes, hermanó la línea pura, símbolo de la severidad griega, con el círculo, genuinamente romano, que representa una más alta y comprensiva idea de la vida. La escultura arroja las envolturas o sudarios de la forma humana, que concentran toda la existencia en el rostro, sustituyendo a las imágenes bizantinas aquellas espléndidas madonas que reconcilian el misticismo con la naturaleza. La pintura inmola el hieratismo abismándose en la contemplación del natural. Había sonado la revancha de la naturuleza sobre diez centurias de menosprecio.

Ofrece el Renacimiento un sagrado connubio de la ciencia con la inspiración. Todos sus artistas y sus sabios se encadenan entre sí por la solidaridad de su misión.

Al par que se remozan arte y poesía, la Mecánica fija sus leyes, las Matemáticas y la Cosmografía ensanchan sus paupérrimos conceptos y Torricelli presiente en misteriosa anunciación el descubrimiento de un nuevo mundo.

Es el resurgir occidental algo así como el descubrimiento

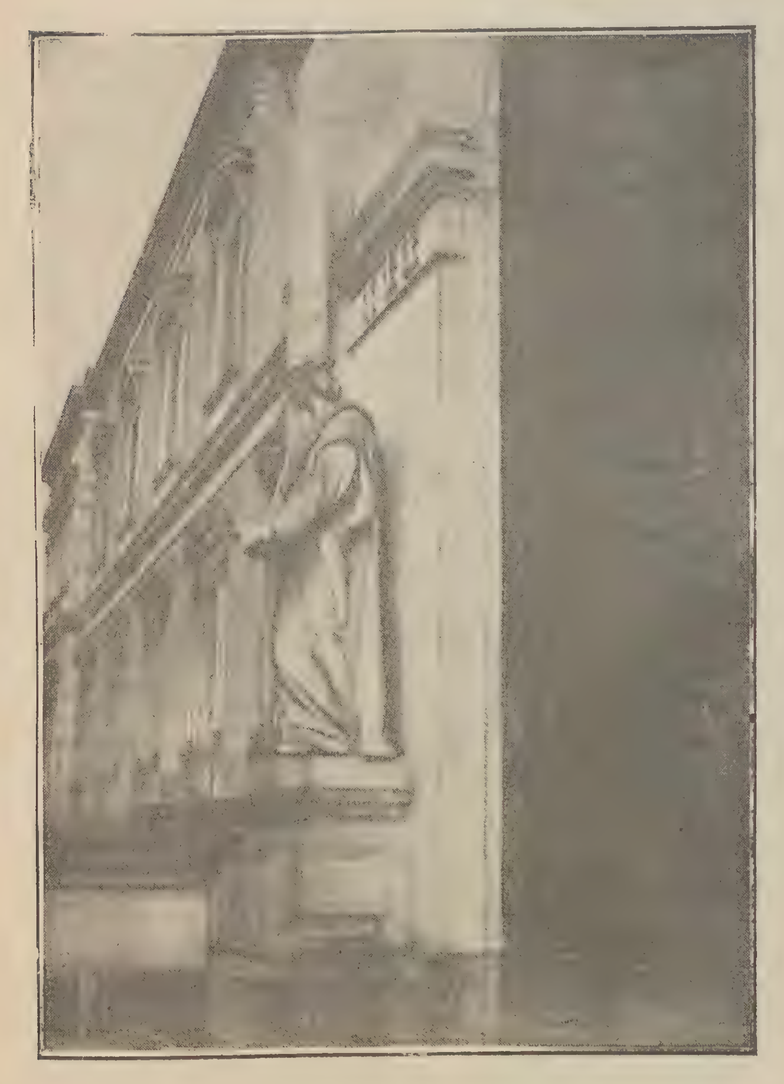
del mundo por la inteligencia. Hasta entonces orbe y humanidad se consideraban sostenidos o por el azar o por la mano de la Providencia. Cuando el hombre recobró o adquirió la confianza en sí reanudó el hilo de la tradición humana.

Por su amor a la antigüedad y por la solidaridad en el tiempo, dió el Renacimiento por primer fruto el humanismo, que llevaba en el alma la sed de Prometeo y la fiebre de lo bello. Nada arredra a los humanistas ni en la especulación ni en la práctica. Por todas las disciplinas acometen sin dividir el trabajo. Los sabios, convencidos de que elaboran una completa transfiguración social, se sienten enciclopédicos. Los artistas mismos promiscuaban en las artes y en las ciencias. Así Miguel Angel que pintó y esculpió; así León Batista Alberti, además de artista, físico, matemático y moralista; así el holandés Rodolfo Agrícola, filósofo, filólogo, poeta, pintor y músico. Así Leonardo de Vinci, artista, científico e ingeniero que señaló, ya que no los inventara, el termómetro y el barómetro, las máquinas de vapor y la nueva comprensión del sistema planetario, en tanto construía las obras hidraúlicas que hasta nuestros días han abastecido de aguas a Milán. Diríase que reencarnaban los dioses o que, nuevos Titanes, habían sorprendido, algo más que los rayos de Júpiter, los eternos arquetipos de las cosas.

Italia heredó dos veces el alma de Grecia. Al conquistarla libó y universalizó su asombrosa cultura; en el siglo XV, cuando Constantinopla, absorta en sueños y distingos metafísicos, se vió sorprendida por el rugido de la barbarie que conmovía sus muros, Italia recogió de nuevo el Palladium de la civilización.

Inicia el movimiento Manuel Crysoloras, que, a fines del siglo XIV, arribó a Venecia, concha de asilo para los helenos y ciudad que ha hecho más que ninguna por la difusión de la cultura griega, a demandar por orden del angustiado emperador de Oriente, auxilio contra los turcos. Dos jóvenes florentinos le suplicaron les enseñara la lengua sagrada de Homero. Uno de ellos acompañó al maestro cuando tornó a Bizancio, el otro gestionó que la república le instara a abrir cátedra de griego en Florencia. Poco después el docto embajador regresó a la ciudad de los Médicis llevando consigo los

textos de Homero, Platón y Plutarco; otros eruditos orientales trajeron más códices, mientras impacientes italianos iban a Constantinopla a procurarse manuscritos.



Estatua de Nebrija, delante de la Biblioteca Nacional.

A fines de la décimaquinta centuria, Constantino Lascaris publica en Milán la primera Gramática griega para uso de los extranjeros. La filología engendra una pasion y ésta una

revolución. Los príncipes italianos discernían recompensas a los cultivadores de las letras; los Médicis, los Montefeltros, acogían en sus cortes a los sabios constantinopolitanos que habían salvado de la destrucción innumerables libros y tradujeron profusamente, obras helénicas; rivalizan con los príncipes en esplendidez los municipios; allana el saber los altos puestos de las repúblicas y se instala con Pío II en el trono pontificio, y Leon X consagra los tesoros por él amontonados y las pingües rentas de la Cámara Apostólica a satisfacer su amor y entusiasmo por las letras y las artes.

Toda Italia se convirtió en una escuela. De allí salió la llama que inflamó el mundo y a su luz acudieron las mariposas de la civilización.

Los humanistas se apoderan de las cátedras y hasta fundan escuelas gratuitas. Cada día les otorga un triunfo sobre la ignorancia. Por doquiera se alumbran versos, libros y fragmentos perdidos. Parece que ha sonado la trompeta del juicio y cada biblioteca es una necrópolis de que se escapan los olvidados muertos para acudir ante el Tribunal de la posteridad.

Afianzado el humanismo en Italia, sus apóstoles se difundieron por toda Europa predicando el Evangelio de la Belleza.

Como corriente subterránea que modifica su composición según los terrenos que sus linfas humedecen, el Renacimiento hubo de adaptarse a todas las variantes étnicas, climatológicas y atávicas de cada región. En las penumbras del Norte, donde la hostilidad del aire, los velos de la luz, la ingratitud del suelo y la inclemencia del frío obligan a perenne lucha con el medio, donde el hombre se refugia en el hogar, huyendo de una naturaleza que sólo puede amar cerrando los ojos y recreándola en su fantasía, debió la innovación presentar caracteres de agresividad y de interior análisis que presagiaban el protestantismo; en tanto que en el Sur, donde el hombre sale del hogar y teme volver a su quietud por no interrumpir la convivencia con el medio natural, complementario y amigo, revistió el humanismo formas artísticas y respetó la ortodoxia a pesar de que su suelo parecía arado para la disidencia por la guerra de los albigenses y el prolongado cisma de Aviñón.

Los discípulos de Eneas Silvio invadieron las universidades, las escuelas, la cancillería y la corte de Alemania. Nicolás Wyle traduce el Asno de Oro de Luciano; Heidelberg se constituyó en centro de estudios humanísticos, el influjo llego a Bohemia, donde Juan Tussek y Rabstein se afilian a la bandera de la Renovación, y alcanza a la universidad de Upsal, recientemente fundada, cuyos profesores escribían en latín hasta las crónicas suecas.

Holanda bordea con Erasmo la heterodoxia y en Alemania descuellan Ulrico de Hutten, el Demóstenes germano; Conrado Pickel o Celtes, director de un *Collegium Poeticum* y fundador de la Biblioteca Nacional de Viena, y el doctísimo Reuchlin, acogido con amor en Roma y Florencia, perseguido en Alemania y salvado por León X de las iras de la Inquisición de Colonia.

Con idéntica rapidez se extendió el Renacimiento por el Sur. Al regresar de Italia, donde la suntuosidad y el sensualismo actuaban de cómplices de las tiranías, donde los ginetes calzaban espuelas de oro y los trajes costaban una fortuna, los soldados franceses, emocionados por el lujo y el arte, comparaban las grandezas y refinamientos que dejaban a su espalda con la sombría pobreza de sus mansiones señoriales y suspiraban melancólicos al pisar el suelo patrio. Las guerras de Italia, politicamente inútiles a Francia, derribaron los Alpes para la civilización.

Francisco I llamó a su corte los más reputados artistas y maestros de Italia, los pagó con esplendidez y los trató con amor. Cátedras de lenguas antiguas se abrieron en las universidades; Blois, Chambord y Fontainebleau se cubrieron de palacios al gusto italiano creados por hálitos de vida primaveral.

El Renacimiento francés, ante todo, rinde parias a la erudición, continuando la obra de los humanistas del tiempo de Carlos V y Carlos VI y se detiene ante el problema religioso, que ya alboreaba en el Norte, repartiendo la conciencia entre la fe y la razón, entregando a ésta el mundo presente y otorgando a aquella el imperio del porvenir.

Reforzóse el humanismo erudito en Francia por ministerio del exégeta meridional Cujacio que, en lucha con el bartolis-

mo dominante en las aulas, corregía textos profanados por indoctos glosadores y reconstituía doctrinas jurídicas, secundado por otros jurisconsultos que trataban de reorganizar la vida actual por la interpretación de las leyes, basando su hermenéutica en la autenticidad de la letra.

Portugal enviaba también estudiantes a Italia. Representa allí la erudicion Fernando de Oliveira, analizador de la biología de su idioma, y no menos João de Barros, historiador y gramático que purifica el lenguaje con tendencia clásica acercando su sintaxis a la del Lacio. Así se preparó la futura batalla entre los secuaces «da medida nova y da medida velha,» donde en un pugilato de métrica se dilucidaba nada menos que el porvenir intelectual.

Por dos puertas de predestinación se nos entró el Renacimiento en España. Por la región levantina, la mejor preparada por su historia y por la floreciente Sevilla, la mejor dispuesta por su mentalidad.

Aquel magnánimo Alfonso V que saludaba con veneración desde lejos la patria de Ovidio y entraba en Nápoles sobre carro de oro como los triunfadores romanos, que disputaba con los teólogos y celebraba academias en sus palacios, que gastaba a millares los florines de oro en pagar su sabiduría a Jorge de Trebisonda, a Crysoloras el joven, a Lorenzo Valla, al siciliano Antonio Beccadelli, a Bartolomé Facio, a cuantos profesaban con esplendor las letras, y al elevar al helenista Giovanni Manetti a secretario suyo le decia: «Si es preciso, partiré con vos mi último pan»; aquel rey soñador, poeta y guerrero que paseaba su corte ambulante de escritores, de sabios y de artistas sobre las ondas del mar que había aprendido a arrullar costas, promontorios y playas con los ritmos de la Odisea y la Eneida, trayendo y llevando el verbo de la renovación de España a Italia, conquistó a Nápoles para su corona y dejó conquistar espiritualmente sus reinos españoles por el genio italiano.

Por otra parte, legiones de extranjeros, franceses e italianos, alemanes y flamencos convergían en incesante pregrinación sobre Sevilla buscando en la opulencia de la primera capital de España el sueño aureo de todos los emigrantes. Venían entre ellos numerosos genoveses con los versos de

Dante en los labios y el espíritu del Renacimiento en las entrañas, y a su influjo nació la escuela alegórica, ante cuya bandera tremolada por los sevillanos Ferrand de Lando, inventor de la décima, los dos Martínez, Páez de Rivera, más admirados cuanto más leídos, y el genial cordobés Juan de Mena, se rindieron con armas y bagajes los trovadores de Castilla.

Así como podía decirse que toda Italia era una escuela los reinos de Castilla y León semejaban un campamento Guerras civiles entre los españoles que juraban la fe de Cristo y los españoles que seguían la ley de Mahoma, guerras sin cuartel entre los príncipes cristianos, guerras entre los señores y los monarcas. El horror y el estrépito ahuyentaban las letras. Clero y pueblo gemían en la ignoracia: en la corte se sabía algo el latín, casi en absoluto se desconocía el griego y el centro y norte de Castilla apenas vislumbraban como relámpagos lejanos los fulgores del incendio que abrasaba a Europa.

Tal es el momento providencial en que Nebrija, saturada el alma con las mieles del Renacimiento, confortado por el ambiente de la Italia y con su nombre latinizado como garantía de filiación y enseña de combate, raya en el horizonte de la cultura española. Cada suceso tiene su oportunidad providencial y cada genio su hora en el cuadrante de los tiempos.

Aquel á quien reputa Fitzmaurice-Kelly el mayor de los humanistas españoles; Muñoz, maestro por excelencia de la nación hispana; Matamoros, excelente ingenio; Vives, espléndido ornamento de la complutense; Máyans, restaurador de las letras; Menéndez y Pelayo, extirpador de la barbarie, por ser el primero que señaló el camino hacia las inagotables fuentes de la sabiduría antigua, nació en la pintoresca villa de Lebrija, reina de la marisma, y aún no olvidada de su prístina consagración a Baco, en casa, hoy de paupérrimo y destartalado aspecto, que no sabemos cómo estaría a mediados del siglo XV.

Después de estudiar humanidades a la antigua viciosa usanza en Sevilla y Salamanca, marchó a perfeccionar sus estudios a Italia. Tornó a Sevilla, explicó allí tres años y, fa

llecido su protector, el cardenal Fonseca, desempeñó cátedra en Salamanca, donde fué denunciado a la Inquisición por la envidia. Se restituyó a Sevilla con motivo de la boda del príncipe Alfonso con Doña Isabel de Castilla y de nuevo enseñó allí en 1498. Otra vez volvió a Salamanca y de aquí pasó a los cuatro años a la universidad complutense. Otros cuatro explicó en este santuario, volvió a abrir clase en Sevilla y tornó a Alcalá, donde una apoplegía le frústró su vehemente deseo, repetidas veces expresado, de morir en Sevilla.

Implacable la suerte le privó de esta postrera satisfacción y a nosotros la de conocer su sepultura, pues si bien el lugar de ella se determina con exactitud en los documentos, sacrilegios arquitectónicos, blasfemias de piedra con que la codicia profanó la venerable universidad, han hecho a los investigadores perder el rastro. En cambio la Providencia le otorgó el galardón, rara vez concedido a los innovadores, de ver triunfantes sus ideas y recoger en vida el merecido lauro.

Su vida, dedicada a la Ciencia, no brinda más accidentes que los académicos. Se casó como el más vulgar de los hombres y hasta tuvo hijos adocenados e hijas marisabidillas, caricaturas del reverendo progenitor. Jamás los hombres extraordinarios engendran prole capaz de perpetuar su excelsitud, como si la naturaleza quisiera castigar el aplebeyamiento del genio. Todo lo demás de su actuación se reduce a viajes científicos, apertura de clases, regencia de cátedras, traslados y disgustos ocasionados por la rivalidad de sus colegas, porque en todas las corporaciones bullen inmundos reptiles que ponen en rebajar el valor ajeno, las energías que debieran emplear en emularlo, pero, sintiéndose impotentes, desahogan su despecho en infecta baba y procuran triunfar en la sombra de la intriga, ya que no pueden en la publicidad del torneo. Hacen bien. La carne del bueno endulza y enoblece sus asquerosas fauces.

Lleno de confianza en sí, acometió la gigantesca obra de disipar las tinieblas de la mentalidad española, sin medir las dificultades de la empresa, con ese optimismo renacentista, jamás entibiado por la duda ni la vacilación, llevando en su propio arrojo la garantía de la victoria. Por eso y porque la transformación había de revestir carácter de universalidad,

Nebrija no pudo ni debió limitarse a especialista y se mostró, ya que no enciclopedista, porque las enciclopedias vienen en pos de las revoluciones científicas para catalogar las conquistas del esfuerzo, sí el mayor y más original de los polígrafos españoles.

¿Por qué disciplina entraremos que la venerable figura de Elio Antonio no nos corte el paso?

Por más que su iniciativa en las Humanidades, insustituíble cimiento de toda educación clásica, y aun estoy por afirmar que de todo linaje de educación, nos presente su excelsa figura como el gramático por antonomasia el restaurador de las letras clásicas, tenía razón Vives al decir que lo mismo puede llamársele gramático, que matemático, que médico o qualquiera otra cosa, porque fué para su tiempo omnisciente y a todas las ramas del saber llevó su poderosa actividad.

No satisfecho con perfeccionar la Gramática y la enseñanza del latín, infiltró en España la sed de cultivar las letras clásicas, dando a saborear los periodos de Marco Tulio y los hexámetros virgilianos.

Él mismo sintió tan profundamente el idioma del Lacio que al reintegrarse a su patria, moduló en latín los más íntimos afectos, aquellos que parecen rechazar la ingerencia de extraño léxico, cantando en clásicos ritmos su pueblo natal. La latinidad andaba tan decaída en los soles medioevales, que en el siglo X se ordenaban los presbíteros con sólo saber leer el latín, y aún ya en los umbrales del siglo de oro el enérgico reformador de los Mendicantes se lamentaba ante los Reyes Católicos de la ignorancia de los sacerdotes de su tiempo. Los hexámetros con bárbaras interpolaciones de rimas afrentaban la prosodia y la literatura oficial alardeaba de monstruosos extravíos.

Nebrija creó la Gramática de la lengua vulgar, descubrió la formación del futuro y aspiró a la gloria de Zenodoto en el griego y de Crates en el latín.

La gloriosa trilogía de su Gramática castellana, su Ortografía y su Vocabulario, que enterró para siempre al conato de Vocabulario de Alfonso de Palencia, representan la constitución de la Filología Nacional.

Fué su Gramática la primera que se escribió en idioma vul-

gar y la coincidencia de su publicación con el descubrimiento de América, hace sospechar si querría la Providencia dar la última mano al español, habilitándole para exterderse por el nuevo mundo.

De todas suertes, sacó al habla nacional del estado semidialectal en que yacía, presentándola con inesperada corrección y riqueza.

Cuidadoso, no sólo de la reglamentación, sino de la hermosura del idioma, renovó la Preceptiva, sostenida por los vacilantes fulcros de vulgares retóricas y libros de gaya ciencia, como la detestable imitación que el llamado marqués de Villena, perpetró de las poéticas provenzales, orientándola hacia la majestuosa pulcritud clásica y enalteciendo los aureos modelos de las lètras del Lacio.

Débele la Pedagogía haberse anticipado a los métodos modernos, pues al publicar su Gramática, escrita en latín, y sus Introducciones en español para el manejo de los estudiantes, inició la separación del libro del Maestro y el libro del alumno, que hoy se practica en las naciones más adelantadas.

¡Lástima que se haya perdido el libro que compuso para la educación de los hijos del secretario Almazán, primer ministro de los Reyes Católicos, porque los restos supérstites, muestran bien el recto juicio y los atisbos pedagógicos del autor!

Nombrado cronista Real por Fernando V, abre la serie de los historiadores áureos, cuando aun el género literario no había sacudido las mantillas de la crónica, vacilante entre las tendencias orientales, dominantes en los primeros escritores y las clásicas introducidas por el taimado López de Ayala.

Narrador veraz e ilustrado, supo adornar la aridez de la crónica con bellezas dignas del Paduano, sin renunciar a la sobriedad de la frase y dando a los sucesos contemporáneos toda la vida, todo el color sentimental del artista y del patriota.

Con planta segura penetró en la Cosmografía. Su tratado se estimó el mejor de la época por la claridad con que expone los fundamentos de la ciencia y mereció de la admiración francesa una edición hecha en París y

una singular predilección de los doctos. Él redimió la Cosmografía de la servidumbre claustral en cuyas sombras perdió su valor positivo, olvidó la solidez antigua y se vió sorprendida por los magnos descubrimientos y revelaciones que exornaron los albores de la edad moderna.

Nebrija ataca decididamente el problema de la medición de un grado de meridiano terrestre sin más elementos que el grotesco instrumental del siglo XV. Su talento suplió a la ausencia de goniómetros y cronómetros, y su cálculo se acercó de manera inverosímil a los obtenidos por los modernos geodestas.

Él propugnó la esfericidad de la tierra, doctrina aun repulsiva a las universidades y buscando la relación entre las unidades de peso, de medida y de longitud, presintió la creación del sistema métrico decimal.

Dando el valor que merecían a las ciencias naturales, de las que nada se había escrito en la España cristiana y a sus aplicaciones médicas y farmacéuticas, y advirtiendo el divorcio entre el empirismo reinante y las olvidadas enseñanzas de la madre Grecia, fué el primero que enseñó Botánica en España, familiarizó a sus contemporáneos con Hipócrates, Plinio y Dioscórides, corrigió las traducciones, adicionó Léxicos y exégesis y realizó titánicos esfuerzos para enlazar los conocimientos científicos con los orígenes griegos y los autores latinos que habían estudiado a los tratadistas helenos.

Así su previsión dotó a las artes médico-farmacéuticas, durante la edad media sólo ejercidas por árabes o hebreos y en Castilla por los eclesiásticos con perjuicio de ambas profesiones, de base científica, ahuyentando los trasgos del supersticioso empirismo y adelantándose cuatro siglos a la idea de los cursos complementarios y preparatorios de ciencias naturales.

Con todo su ardor de científico y su fervor de cristiano, puso su voluntad en la obra de restaurar las sagradas letras y, aparte de la acertada corrección y comento de textos sagrados, de himnos y preces, de homilías, de hagiografías y de poetas cristianos medioevales, clavó su garra de león en el hercúleo empeño de la Biblia Políglota que un gran polígrafo proclama monumento de eterna gloria para España y

faro de luz esplendorosísimo levantado a la entrada del siglo XVI para iluminar toda la centuria.

Repugnaba la purificadora labor a suspicacias de ignaros y a emulaciones de envidiosos. El Santo Oficio afligió al Maestro por poner sus pecadoras manos en las Divinas Escrituras y, desconfiado de los códices latinos, recurrió a los textos de la lengua original.

No se arredró el atleta por censuras de teologastros ni conminaciones de envidiosos. En su valiente Apología, además de defender los principios fundamentales de la sana crítica, desenvaina la espada, arremete a sus adversarios y los despedaza sin piedad, poniendo de relieve la insidia de unos y la ignorancia de otros, recusando y acusando al miserable inquisidor. Su triunfo ruidoso y definitivo, se celebró en toda España.

No solo en la península encrespaba la rutina su turbio oleaje contra las audacias de la crítica.

Cuando el Collège de France estableció la primera cátedra que conoció París de griego y hebreo, y dos italianos Paradisio y Guidacerdo enseñaron a leer los libros santos en su lengua original, los teólogos se sublevaron y anatematizaron la proposición «La Sagrada Escritura no puede ser bien comprendida sin conocer el griego y el hebreo,» en tanto que la Sorbona citaba ante el Parlamento a los Profesores Reales para intimarles la prohibición de explicar las Sagradas Escrituras en griego y en hebreo sin especial permiso de la Universidad.

Idéntico ardor crítico llevó a la esfera del Derecho y, si, por no poder especializarse, cosa imposible en la variada y ciclópea labor que gravitaba sobre sus hombros de Atlante, no puntualizó su revisión del léxico con la escrupulosidad y vuelos de Cujacio logró que se le apellidase el primer restaurador del Derecho civil.

Recia su fe como su temple, dejó correr la vena crítica sobre el cauce de lo humano respetando las márgenes de lo divino, buscando la verdad con sus propias fuerzas, pensando tal vez con San Clemente que el hombre se exalta hasta Dios por la ciencia secular cuando no se siente atraído por el soplo celeste de la gracia; mas, hijo del Renacimiento y

encarnación la más perfecta y genuína de su espíritu en España, fundaba las ciencias sobre la roca de la observación, todo lo sometía a los filos de la crítica, ejercía en lo humano el libre examen y, desdeñoso del *Magister dixit,* reivindicó en toda ocasión los fueros de la conciencia individual.

Así lo confesaba Menéndez y Pelayo cuando glorificando las indomables energías del Maestro, reconoce que tuvo enhiesto el lábaro de la libertad científica y así no le faltaron fuerzas para reformar los estudios ni en su extrema ancianidad.

Instruído en multiplicidad de lenguas antiguas y modernas, iniciado en todas las ciencias, no halló rival en la pureza del gusto y fué como decía Marineo Sículo, el hombre que más ha contribuído a la cultura literaria de España.

Nadie sin mentira o ingratitud podrá negar el influjo de Aelio Antonio que aun se palpa en la educación moderna. Por toda España se difundió su método con esa maravillosa rapidez con que los autores paganos refieren la difusión del culto a Baco. Los profesores Oriola y Riolacedo en la vetusta Caput Castellae; en Aragón el alcañizano Juan Sobrarias, médico, poeta y humanista; Busa e Ibarra en Cataluña, y en la ciudad del Turia Pedro Badía, editor del Arte de Nebrija precedido de encomiástica epístola. Hasta los enemigos se rindieron o se pasaron a su campo. Valdés tan injustamente celebrado por el Diálogo de las lenguas, sea o no suyo, motejaba la reforma de «gramatiquerías»; Jerónimo Amiguet, el médico tortosino, cuya iracunda emulación, había obligado a su discípulo Luis Vives a componer diatribas contra el nuevo método, convencido y vencido, escribió una Introducción o Via Isagógica en defensa del Arte y, en fin, el mismo Vives reproduce y sanciona en *De ratione studii puerilis* los principios que libó en *De liberis educandis*, de Nebrija.

La voz del apóstol evocó en su región natal todo el fermento clásico latente, y aun hoy con claridad perceptible, que custodiaba al través de los siglos la Julia Romulea, las escuelas brotaron por ensalmo a su conjuro y legiones de eminentes humanistas salieron a la palestra.

Jacobo de Lora, discípulo inmediato de Aelio Antonio,

abrió la luminosa senda y en pos de sus huellas irrumpieron entusiastas el catedrático Juan Fernando, también alumno directo; Pedro Núñez Delgado con sus Himnos áureos; Antonio de Carrión con sus Odas religiosas; el inmortal Maese Rodrigo con sus escritos latinos; Martín de la Cueva con su tratado *De corrupto docendae Grammaticae Latinae* y sus comentos a Lorenzo Valla; Juan de Aguilar con sus versos latinos; Alvarez de Alanís; Don Diego de Girón, ingente gloria del humanismo español; Juan de Guzmán con sus traducciones virgilianas; Juan de Mal-lara; Pedro de Girón con sus Anotaciones al Arte; el Doctor Francisco Infante y su homónimo Fernando Infante, maestro del excelentísimo humanista Francisco de Medina; el poeta Pedro de Mendoza; Rodrigo Ponce de León; Juan de Quirós... dos generaciones que educaron a las siguientes, inhausto venero del siempre creciente hervor de la tradición humanística hispalense que alcanza hasta el siglo XIX exaltando las venerandas figuras de Don José Isidoro Morales, Martín Villa y Rojo para quienes la lengua del Lacio no tuvo secretos.

Con el glorioso amanecer de la civilización en España, coincidió la venida de sabios extranjeros ávidos de naturalizarse en nuestro país. Antonio y Alessandro Geraldino profesaron las letras en el aula regia; el siciliano Lucio Marineo, honrando cátedras españolas, rindió a Nebrija el merecido homenaje, y Pedro Mártir Anglerius, a quien el Conde de Tendilla trajo de Milán, educó la juventud noble y palatina y perfeccionó el desmedrado latín de nuestro clero.

Con la avalancha erudita llegan las irradiaciones del verbo académico que, al iluminar la rigidez ascética, engendran la filosofía mística de que el platonismo es el antecedente psíquico y el ascetismo el precedente fisiológico. Las frecuentes traducciones estimulan la sed de ciencia nacional; la pintura española se humaniza acercándose a la realidad; la escultura se idealiza en la imaginería polícroma, y la construcción, que ha escuchado la voz de Bramante vibrando por Europa, arroja sobre el manto de la espiritualidad arquitectónica el manto de la frondosidad lombarda bautizada para siempre por el sevillano Ortiz de Zúñiga con el abjetivo «plateresca».

No de distintas raices arranca el magnífico proceso inte-

lectual que, abriendo de par en par el ventanal del pasado para fortalecer la conciencia por el saber acumulado de los antiguos, y el del futuro para que la observación, la experiencia y el libre ejercicio de la razón científica le permitiesen confiar en la perfectibilidad de la especie, gestó esa formidable explosión del genio racial llamada la Edad de oro en que el espíritu humano, no cabiendo en los límites del mundo conocido, se desbordó por los mares y se lanzó a la conquista de los cielos.



Antonio de Nebrija, al provocarlo en España, actuó de elemento masculino; dócil amante la complutense, brindó su seno a la fecundación del genio y aun parece llorar sobre las sagradas reliquias que guarda en su augusto recinto como anciana esposa gime sobre la tumba del arrebatado caballero.

No, no puedo hollar estas aulas, estos históricos patios sin que mis ojos velados por la fantasía, contemplen elevarse *dos imponentes sombras, la de Nebrija abriendo con diamantina llave el siglo XVI, y la de Cervantes, apuntando la decadencia;* sombras augustas que llegan hasta el cielo y forman a modo de gigantesco paréntesis, dentro del cual se encierran Pavía y Lepanto, los versos de Herrerra y la Filosofía de Fox Morcillo, la Universidad de Alcalá y la Casa de Contratación de Sevilla, el descubrimiento de América y de las Filipinas, la primera vuelta al mundo... ¡TODA LA GRANDEZA DE ESPAÑA!

MARIO MÉNDEZ BEJARANO



EL ÓPTIMO ABUELO.

Nebrija es una figura de las que sobresalen entre las prominentes de la historia literaria de nuestra Patria; de esas, que han contribuído grandemente a dar robustez y lustre a España como nación en el mundo civilizado, pero que como sus hazañas no fueron acompañadas del ruído de las armas ni del vítor de las muchedumbres, apenas existen, desgraciadamente, en el conocimiento de la inmensa mayoría de nuestro pueblo.

Cuando él inició su entrada en el mundo de las letras, a fines del segundo tercio del siglo XV, estaba España en un momento histórico, en que aun duraba cierta obscuridad de los tiempos tenebrosos anteriores. Era cuando todavía las inteligencias, endurecidas en la aspereza de las costumbres y desterrado de ellas el conocimiento del artificio y hermosura de que es susceptible la combinación del empleo de las palabras para la más alta expresión del pensamiento, no sentían la necesidad de una mayor riqueza en las formas del lenguaje, para traducir al exterior las ideas con toda la claridad necesaria para ser reproducidas en el entendimiento de los demás con aquella precisión con que la mente es capaz de concebirlas en lo más hondo y retirado de su seno; y menos aún la de aquella perfección artística que permite modelar el pensamiento y armonizar las palabras de su expresión de tal modo, que despierte en el alma esa agitación repentina de la emoción, o esa sensación inefable de lo bello que levanta y ennoblece nuestros sentimientos.

Un latín bárbaro servía de signo de las ideas en el reducido campo de las letras entonces, y un castellano tosco, y afeado aún más por muchos giros extraños, bastaba para expresar las necesidades del comercio diario de una vida alejada de todo lo que fuese buen gusto por el arte literario. Las letras dormían desterradas de las Universidades, y las ciencias, siguiendo parecida suerte, tenían sus cauces casi cegados, todo por efecto de la ignorancia y la barbarie.

En Salamanca, en el foco más esplendente del saber en España y uno de los más resplandecientes del mundo enton-

ces, asistió el *Nebrisense*, bien joven aún, a las lecciones de los más célebres maestros —como Apolinario en Matemáticas, Aranda en Física y Pedro de Osma en Filosofía moral—, comprendiendo, en cuanto su discurso le permitió poder juzgar de lo que oía y leía, que si en la labor de las inteligencias más esclarecidas de su época se veían lucir los puntos de la lumbre de la ciencia, en el modo de ponerlos de manifiesto faltaba la claridad, la exactitud y el brillo necesario, porque el lenguaje de su expresión era áspero y rudo; pobreza que contribuía poderosamente a la dificultad en la explicación y en la comprensión de las ideas. Y en su vehemente deseo de una mayor cultura, se orientó hacia donde alboreaba ya un renacimiento del buen gusto literario, que prometía ser fértil y vigoroso, donde esperaba buscar inspiración en el estudio de los modelos clásicos de aquellos pueblos que en otras edades habían sido particularmente favorecidos por las Gracias.

Espíritu amplio y generoso como amigo que era del adelanto y del progreso, no había de reducirse a gozar de la satisfacción egoísta de saber solamente para sí, sino también la de comunicar y extender su saber para bien de los demás; y con el bagaje literario y el caudal de erudición adquiridos en diez años de permanencia en Italia estudiando los modelos de las literaturas clásicas latina y griega y aprendiendo estas lenguas y el hebreo y el caldeo, y con la posesión de conocimientos poco comunes entonces en ciencias naturales, dejó ya su beca —ganada por sus propios méritos— del Colegio de Bolonia y volvió a su Patria, ansioso de extender por toda ella la cultura de que a costa de un trabajo contínuo e inteligente era poseedor.

Y empezó a derramar los tesoros de su erudición en la Cátedra y en los libros que publicó, hasta lograr una verdadera renovación en el campo de las letras. *Limpió, fijó y dió esplendor* a la lengua castellana, «a la que —como dijo él mismo— redujo a artificio, para que lo que entonces o en adelante se escribía en ella, pudiera quedar en un tenor y entenderse en toda la duración «de los tiempos que estaban por venir», escribiendo Gramáticas y Diccionarios castellanos y latinos, para fijar el significado y valor gramatical de las pa-

labras en uno y en otro idioma, y deshaciendo multitud de errores corrientes hasta entonces; haciendo repetidas y copiosas ediciones que eran recibidas con el aplauso reverente de maestros y estudiantes de toda España, a quienes servían de texto y único guía en el estudio de estas disciplinas, como le sirvieron a la misma Isabel la Católica para aprender el idioma del Lacio con la insigne Doña Beatriz de Galindo, *la Latina;* y logrando, en fin, difundir en España la afición y el gusto por las buenas letras hasta tal punto, que llegó un día en que como ha dicho un escritor extranjero —Paulo Jovio— en elogio de Nebrija, «no era tenido por noble el que no era afecto a las letras humanas.»

Todas las ramas del saber recibieron directamente la saludable influencia de la erudición de Nebrija, que sin dejar de la mano la popularización del cultivo de las Humanidades, hizo sus incursiones por el campo de las ciencias sagradas y profanas, contribuyendo a reanimar tambien estos estudios.

La Jurisprudencia recibió de él un *Diccionario de Derecho Civil* que explicaba el verdadero significado y empleo debido de las voces propias de esta ciencia; la Cosmografía, un tratado, en el que, entre otras varias novedades de orden Cosmográfico hasta entonces desconocidas, describió con exactitud las cordilleras y ríos de la Península, halló la medida exacta de un grado terrestre y señaló la utilidad y conveniencia de adoptar una unidad de medida para la determinación de la extensión, volumen y peso de las cosas; dió a la exégesis bíblica varios estudios sobre interpretación de muchos pasajes de la Sagrada Escritura, habiendo colaborado extensamente en la edicción de la monumental Políglota; la Medicina le debió un *Lexicón* donde se aquilataba el sentido de los vocablos del tecnicismo médico; la Historia, los más brillantes trabajos como historiógrafo de los Reyes Católicos, y las Ciencias Naturales, en fin, la publicación de una edición corregida de las Dioscórides y la enseñanza reglada de la Botánica, de cuya materia fué el primer catedrático en la Universidad de Alcalá.

Tan eficaz resultó, ultimamente, la labor de este insigne restaurador de los estudios literarios en España, que «a su voz, —como cantó en versos heróicos un célebre humanista

milanés contemporáneo suyo, españolizado y aposentado como conspicuo personaje en la Corte de los Reyes Católicos,— el monstruo de la barbárie despertó lleno de pavor al verse acometido en las últimas guaridas del asilo que había venido a buscar en los confines de Europa»; y cuando esa voz, transportada en numerosas publicaciones y obras didácticas, llevó las enseñanzas del Maestro por Francia y Alemania, por Inglaterra y Portugal, y por nuestras tierras de América, en todas partes fué correspondida con elogios sin tasa hacia el que tan brillantemente honraba las letras humanas, y el nombre de España era glorificado en este hijo suyo tan esclarecido.

Por eso los Reyes Católicos le distinguieron con especiales demostraciones de singular afecto y confianza, teniéndole designado para que hubiese sido el preceptor del malogrado príncipe D. Juan.

Por eso Cisneros, que con su penetrante mirada conoció bien pronto el inmenso valer de este gran polígrafo, hizo particular estimación de él desde el primer momento; porque en él veía al que había de ser, como lo fué, una cabeza principal de su Universidad a quien esta debió, en efecto, mucho del superior crédito que llegó a poseer en el mundo; y le tuvo siempre por amigo predilecto y consejero, hasta el punto de gozarse en muchas ocasiones torciendo el camino de su residencia a la Universidad, por entrar en su casa —y a veces llamándole a la ventana,— para consultarle traducciones de la Biblia o asuntos de los Colegios, llegando en su consideración a declarar terminantemente un día ante el Rector, «que el sueldo de catedrático que tenía señalado a *el Optimo Abuelo,* como con filial cariño llamaban a Nebrija en su ancianidad aquellos ilustres estudiantes del Trilingüe, no era porque trabajara, sino por ir pagándole algo de lo mucho que España le debía».

Y por todo eso —nos atrevemos a decir nosotros desde la obscuridad de nuestra insignificancia,— son dignas de aplauso la feliz iniciativa y la cooperación de quienes han llevado a efecto la celebración del cuatricentenario de la muerte del gran Nebrija, y muy de elogiar que esta solemne conmemoración se haya verificado en el sitio mismo desde donde el

insigne humanista hizo su mejor campaña como restaurador de los estudios literarios en España; en el mismo edificio de aquella Universidad enaltecida por él y a la que tanto cariño profesó que, aunque en su lozana juventud se había prometido devolver sus restos mortales a la tierra que le amamantó allá en la alegre Bética, cuando su alma se preparó a volar hacia las mansiones eternas, quiso, y su cuerpo, fenecido a los 79 años de vida, fué sepultado en la admirable Capilla de San Ildefonso junto al sepulcro en que descansaba desde hacía cinco años el de su amigo y protector Cisneros, donde hoy, con los de otros muchos apóstoles de la enseñanza universitaria complutense, reposan para siempre, bajo la amorosa mirada de aquel otro Doctor de la Universídad Cisneriana' San José de Calasanz.

Honor, pues, al gran humanista, honra de España, y aplauso y gratitud a quienes al enaltecer su memoria colaboran por la grandeza de la Patria, presentándole a la juventud estudiosa como ejemplo que imitar, como hombre de los que no mueren nunca, porque sus obras vivirán perpetuamente en el mundo civilizado.

ANTONIO CANELLA, *Médico.*

ELIO ANTONIO DE LEBRIXA.— Manes de Cavia en nuestro periodismo hodierno! En los días de las grandes y gloriosas conmemoraciones de la Patria y de la cultura no podéis estar ausentes. La indiferencia ambiente y la omniscencia que no vuelve la vista atrás no han logrado extrañar del léxico del sentimiento público los vocablos *exaltar* y *admirar*. De vez en cuando, los pueblos humildes que se inmortalizaron por sus hijos recuerdan, tremolando su grandeza, y despiertan a las gentes en el aplauso. Y su voz inicia el tributo de todos.

Ayer, Guetaria, hoy Lebrija.

El príncipe de los latinistas españoles, el polígrafo excelso que a fines del siglo XV fué maestro de los maestros del Renacimiento y el padre indiscutible de la Gramática y léxico de nuestra lengua, llama, en vísperas de su centenario, con fuerte aldabonazo en su villa natal a los desmemoriados o nescientes. Y es la resurrección del Nebrisense, en la pleitesía que de toda España requiere, justificada actualidad.

Sabio propulsor del humanismo, del cual Menéndez Pelayo lo proclama el representante más completo y popular, en las aulas de Salamanca como en las cátedras también famosas de nuestra Universidad complutense, ensanchó los espacios de la cultura y se cubrió de gloria interpretando los autores clásicos, enseñando magistralmente exégesis

bíblica, arqueología antigua, crítica de la historia latina, etc., y uniendo su esfuerzo y sus talentos al maravilloso monumento que el gran Cisneros plasmó en la *Biblia Políglota.* Sus discípulos fueron legión eminente; en las linfas de su erudición y de su escuela bebieron y saciaron su ansia de saber los más célebres gramáticos y literatos de los cuatro últimos siglos, y sus virtudes y sus obras engarzáronlas en diademas biográficas Mayans y Nicolás Antonio, en lo antiguo, y el inolvidable D. Marcelino, en nuestro tiempo.

Sólo su nombre lo dice todo. Aunque, al igual que en nuestros Centros oficiales, como en casi todas las bibliotecas del país, no se hallase apenas rastro de sus obras inmortales, bastaríale al maestro Antonio de Lebrixa para poder decir con el clásico: *¡Non ommis moriar!* con levantar y mostrar a la admiración y gratitud de las gentes de estirpe hispana aquella su *Gramática castellana* que imprimió en 1492, y de la cual Walberg ha hecho una preciosa reproducción fotográfica, salida de las prensas de Halle S. A., en 1909. En la cual el maestro Nebrisense confiesa: «lo quise echar la primera piedra e hazer en nuestra lengua lo que Zenodoto en la griega e Crates en la latina. Los cuales, aunque fueron vencidos de los que después dellos escriuieron, a lo menos fué aquella su gloria e será la nuestra: que fuemos los primeros inuentores de obra tan necessaria.» Tal fué el espíritu de su obra...

....

¡Altísimo maestro! En nuestra edad, los humanistas son para las letras y las ciencias no más que *umbrae silentes.* Tú supiste llenar de luz los horizontes de la ciencia española en los días históricos en que la augusta Isabel coronaba la unidad de la Monarquía con la toma de Granada y Colón le traía a remolque de sus carabelas un mundo nuevo.

(De *El Blanco y Negro*). RODOLFO GIL.

NEBRIJA, ESCARNECIDO Y OLVIDADO. —Lo que está decretado supera al poder de Júpiter, decía un antigüo verso griego. Y no parece sino que el mismo Zeus decretó en un día de malhumor nuestra decadencia literaria y que ahora, recobrada ya la actitud benévola con que siempre nos trató, se embotan sus esfuerzos por ayudarnos contra el formidable escudo de lo que en otro tiempo estatuyó.

Nuestros literatos han dado en acometer la fácil tarea de condenar lo que ignoran, alardeando de despreciar las Humanidades, como pregona el leguleyo, que, para abogar por otro, huelga el conocimiento del Derecho y finge el político que el saber le está de más al que no ve en el mando sino el medro. El ocaso de las civilizaciones se ha caracterizado siempre por el desdén prestado a la obra del inteligente y la farsa se ha desarrollado insulsa, complicada y retorcida, no viéndose en ella otro mérito que el del esperto manejador de la tramoya. Tal es nuestra miseria espiritual. Escriben los insensatos, mientras la pluma del que ha de hacer la historia de las obras del arte permanece en reposo y la tinta de la fama se seca en el tintero. Las obras de los clásicos se apilan, polvorientas, en los estantes de las bibliotecas, sin



Alumnos de Literatura del Colegio de Escolapios de San Antón, de Madrid, con sus profesores, PP. Luis López y José Olea.

que una mano se apodere de ellas, ávida de conocer lo bello. Griegos y latinos yacen olvidados; sus lenguas han muerto definitivamente para nosotros, y no hay jovenzuelo inoportuno e insubstancial que no condene aquello que desconoce y no puede ya conocer. Y esta estulticia, tenida por cualidad, ha hecho que el público poco escrupuloso tenga hoy por bueno y novísimo lo que fué ya dicho de mil elegantes e insuperables maneras en pasadas edades.

Lo bello es relativo. Se logra un concepto aproximado por medio del estudio de todas o de la mayor parte de las obras maestras, donde se aprisionó alguno de sus aspectos, y sólo al aquilatarlos sabe el artista en qué puede consistir su originalidad y puede hacer esfuerzos por superar las concepciones de los que se llevaron los laureles a la tumba.

Hace unos días, se celebró en la antigua Universidad de Alcalá una fiesta conmovedora por su sencillez e ingenuidad. El primer número del Centenario de Nebrija. La opinión intelectual, anémica y débil, no se manifestó como debía. Nebrija no fué más que un señor que escribió unos libros en latín, se dijo el mayor erudito de los mentecatos que brillan y triunfan, a ciencia y paciencia del lector, que todos los días espera que le sirvan algo de su gusto, porque quien tuvo ascendientes refinados, echa de menos, por instinto, la buena mesa. Y Nebrija y su obra pasaron casi inadvertidos; en España ya nadie sabe latín. El hombre que nos dió armas para conocer las lenguas madres de la nuestra, para que nos deleitásemos con las obras cumbres de sus literatos que nos sirvieron de humillación y de estímulo; el sabio maestro de la Universidad Complutense; asombro de su siglo, paseó su sombra en silencio por entre los triunfadores al uso, despectivo, sin ser notado.

Sólo otro hombre, de la vieja cepa, avergonzado de la ingratitud con que en su misma patria se pagaba al audaz conquistador de la belleza diseminada en las obras del mundo antiguo, D. Mario Méndez Bejarano, catedrático de Literatura, hizo el esfuerzo por glorificar su nombre, y allá fué, llegando hasta el sacrificio pecuniario, rodeado de todos sus alumnos. En otro país, para honrar a tal sabio nunca hubiera parecido la fiesta bastante solemne, y habría concurrido un pueblo culto, presidido por un ministro más o menos inteligente, con indumentaria civil y condecoraciones esplendorosas. Aquí sólo concurrió el hombre caduco de cuerpo, joven de espíritu, el catedrático modelo, con su entusiasmo, su sabiduría, su dinero y sus alumnos, para hacer, unido a los escolapios que ocupan hoy la Universidad Complutense, que nutrió a Quevedo, un homenaje al más ilustre de los Españoles que fueron, homenaje salido del corazón, ofrendado por un filósofo a otro filósofo.

¡Ojalá los jóvenes que le oyeron hayan aprendido de él el amor al pasado tradicional, que es lo único existente!

Al cabo, como ha dicho Platón, la vida es un momento entre dos eternidades.

RAFAEL COMENGE.

(De *La Libertad*).

IN QUARTO CENTENARIO MORTIS
AELII ANTONII NEBRISSENSIS

Salve, Urbe celebérrima, nulli nobilitate secunda, in qua maris auris, florum suffimine, camporum ubertate habitantium animi hilares recreantur in seculorum series vivorum excellentium inmortalibus gestis illustrata. Salve...!

Maximo exultantes gaudio, insueta frementes laetitia invenimus hujus Urbis cives, qui innumeras etiam finitimas gentes gremio suo fovere, ea qua pollent humanitate singulari hisce diebus videbantur.

Quidni fatiam?... Ut pondus gloriae Matris, quae suis humeris sola portere recussat, juncti omnes sustineant et totis viribus Parvae Patriae decore perfrui congregentur. Multa ideo instituta sunt et religiosa et civilia festa; ornamenta per vicos et plateas collocata sunt multa, ut solemnes amoris reverentiae, ac plausus, tantae Matri debitae, ederentur manifestationes. Et ego quamvis indignus, ignotus etenim sum et ignarus, his praeclaribus cibibus adjungere veni.

Pulcra continent ac eleganti formositate Urbs Nebrissensis perillustria aedificia, quibus Turris, Hispalensi Giraldae simillima imminent, quasi si a terra in coelum suos cives conscendere doceat. Majores etenim praedecesores dum gentium premebant stimulis ut ad excelsiora contenderent omnia, quae vulgaritatem redoluerint, comtemnentes, Templa Domos Deo, sibi, suisque ad centesimam ac millessiman usque generationem, ne dicam aeternitatem, aedificabant. In illis non eximiam modo artem miremini ac revereamini quoque a temporis morsibus prorsus immunem vetustatem.

A tantae Matris faecunditate prodierunt filii, quorum memoria in benedictione est (Ecc. 45-1) ac ideo nihil vereor inopiae dicendi laborare cum suorum praeconia tam longe lateque pateant, quam ipsa merita, id est, universam impleant Hispaniam et orbem. A quibus discimus quantum in Urbe Nebrixia in ipso mortis pulvere floruerint olim disciplinae; quot

EN EL IV CENTENARIO DE LA MUERTE DE
ELIO ANTONIO DE NEBRIJA

Salve, célebre Ciudad de Lebrija, que a ninguna otra cedes en nobleza y hermosura, por la suavidad de tu clima, la abundancia de tus flores, la vegetación abundante de tus campos, con lo que recreas los ánimos de tus hijos célebres en la serie de todos los siglos. Salve...!

Grande es nuestro gozo al contemplar el amor y alegría con que todos los habitantes de esta Ciudad reciben y agasajan en su seno a cuantos vienen a visitarlos y los albergan con la urbanidad y trato que los distingue.

¿Con qué fin lo hacen? Para poder llevar entre todos el honor de la Patria Chica, que ellos solos no podrían sostener sobre sus hombros. Con este fin se han celebrado fiestas religiosas y civiles; se han adornado las calles y plazas para que con estas manifestaciones de amor y reverencia se tributen a la Madre Patria los honores que le son debidos. Y yo, aunque indigno, pues soy desconocido e ignorado, me he atrevido a unirme a estos ciudadanos agradecidos.

Dignos son de admirarse los muchos y suntuosos edificios de esta Ciudad, entre los que descuella la hermosa Torre, a la Giralda semejante, por su esbeltez y altura, como si señalando al Cielo quisiera llevar hasta allí a sus habitantes.

Vuestros predecesores, al mismo tiempo que aguzaban el ingenio, aspiraban a lo más alto y perfecto, despreciando lo vulgar y edificaron Casas para Dios, para sí mismos y para los suyos, como dándoles el sello de perpetuidad, por no decir de eternidad. Y en ellos pusieron cuanto pudieron de solidez y de arte, cuya hermosura no pudiese gastar el tiempo voluble.

De la fecundidad de tan grande Madre nacieron hijos, cuya memoria será bendita siempre. Y por lo tanto no temo carecer de elocuencia, pues sus hechos son tantos y tan patentes y tan numerosos que llenan España entera y el Orbe

gnotos igitur aetas nostra in ipsa scriptores; quot rara insolitaque scripta; quot incredibiles sapientiae gazas; ut innumeros Poëseos veneres, ut multiplicem modum et splendidum luxum suspiciet... Quam ignota sive Phisicae, sive Matheseos inventa; quam praegrandia Geographiae spectacula; quam peregrinas hispanarum praesertim rerum historias; uno verbo, quanta certamina et Fidei praecipue triumphos Catholicae mirabuntur.

Hanc Urbem a priscis temporibus omnes conclamant una voce: Matrem filiorum laetantem, ut Dadivis Regis utar verbis affectus. Laetatur revera, praeclerissimis nominibus:

Francisci Díaz de Solís.—Navigatorum magistri et Fluminis Argentei inventoris.

Marchisii Generalis Villarrubia.—Cujus facta ad sidera attulit famma.

Aloysii Collado.—Artis ingenii praefecti olim Philipi II ac praecipue tormentariae artis Directoria tunc temporis.

Fr. Antonii Navarro.—Americae Episcopi et apostolici earum Regionum celeberrimi.

Antonii Cala de Vargas.—A quo consilia gubernationis Reges assidue petebant.

Didaci Meneses Portales.—Regionis Caracas Gubernatoris integerrimi.

Josephi del Castillo Ayensa.—Ministri.

Et aliorum plurimorum quorum nomina memoriae meae continere limites nequeunt.

Sub maurorum jugo et arabum a catholicae veritatis doctrina minime recesit. En gloria tantae Matris major et unica, ut ita dicam, quam suorum absque numero Martyrum generoso cruore purpuravit.

Tantorum filiorum summopere celebrare laetatur memoriam occasione *centenarii quarti* mortis omnium celeberrimi, qui Matris Nomen portat coram gentibus et populis.

todo. Por los que sabemos cuantas enseñanzas ha habido siempre en pasadas edades, en esta Ciudad: cuantos escritores célebres; cuantos escritos de todo género; cuantos tesoros de ciencias ocultos; cuantos veneros de poesía y cuantas bellezas literarias. Cuantos inventos de Física y de Matemáticas; cuantos descubrimientos geográficos; cuantas historias de pasadas edades y cuantos, en fin, triunfos del saber y en especial de la Fe Católica.

Desde hace muchos siglos se llama a esta Ciudad «Madre gozosa de tantos hijos» por usar el lenguaje del Profeta Rey... Y se alegra en verdad con los nombres de:

Francisco Díaz de Solís.—Maestro de navegantes y descubridor del Río de la Plata.

Del General **Villarrubia.**—Cuyos hechos la Fama ha divulgado.

De **Luis Collado.**—Ingeniero y Jefe principal de Artillería en tiempo de Felipe II.

De Fr. **Antonio Navarro.**—Obispo de América y Apóstol de aquellas vastas regiones.

De **Antonio Cala de Vargas.**—Consejero de Reyes y Gobernador.

De **Diego Meneses Portales.**—Integérrimo Gobernador de Caracas.

De **José del Castillo de Ayensa.**—Ministro de la corona.

Y otros muchos que los límites de mi memoria no pueden contener.

Bajo el yugo de los árabes, nunca se separó de la Doctrina de Cristo. Esta es su mejor y mayor gloria y por decirlo mejor, su única gloria, sellada y enrojecida con la sangre de sus infinitos mártires.

Hoy es el día que Lebrija celebra y se alegra con más amor, con motivo de la celebración del IV Centenario de la muerte del principal de sus hijos, que ha llevado la gloria de de su nombre a todos los pueblos y a todas las gentes.

Quis populorum est sub coelum hujus nominis ignarus?

Quis sophorum, tanto nomine dignus, qui ne suis labiis saepe, quotidie pronuntiaverit et suis scriptis centies, milliesque laudaverit.

Intuenti mihi cum animo meo singularia et perplurima vestrae civitatis ornamenta unum illud videri solet in prima memorandum gloria, scilicet:

"AELIUS ANTONIUS NEBRISSENSIS„

Quis hujus viri excellentiam laudaturum invenire potest? Ille qui Linguam latinam a barbarie infectam in pristinam puritatem reduxit; qui Christianae Doctrinae Dogmata immaculata veste exornavit; qui venustatis amorem in corde litteratorum penetrare fecit; qui Sacram Bibliam a verborum corruptorum foeditate purgavit; qui antiquorum Idiomatum Hebreorum, Caldeorum, Sirorumque latebras ingenii fulgure depulit, in quibus nemini cedit locum primum, ut Nicolaus Antonius, cum de Poliglotae Complutensis merito agit, de ipso ponit testimonium, (Bibliot. Nov. Hisp. tom. I. página 106).

Antonius, vester, carissimi Nebrixensis, in permultis suis scriptis ac praecipue in opere cui nomen: *Lexicum Latinum* satis abundeque videtur exornasse quidquid videlicet in humanis omnibus atque divinis disciplinis didici potest. Si dii ipsi, grece atque latine heröis velint cantare numenis, non alia, nec voce, nec cantu nec suavitate quam quibus ille modulatus est, canerent. Qui tanquam apis singulos auctorum flores lustravit indeque suavissimmum mel confecit dubitari minime potest.

Nunc vester celeberrimus frater vivit, nam preciosa justorum morte functus est, et justi semper vivunt et epulantur in conspectu Dei (Psal. 67, 4) et quasi si a sepulcro surgere optare per verba oris mei omnibus.

Lectionem gramaticae, versibus heröicis docere decrevit. Audite a tanto Magistro lectionem quam a cathedra sepulcri Urbi et Orbi tradit, nam defunctus adhuc loquitur (ad Hebreos 71, 4)

Pues, qué pueblo hay en el mundo que ignore el nombre de esta Ciudad?... Qué sabio hay digno de este nombre que no lo pronuncie con sus labios y le repita muchas veces en sus escritos?

Revolviendo yo en mi interior las glorias de esta vuestra Ciudad, creo ver reunidas todas en un solo nombre:

ELIO ANTONIO DE NEBRIJA

Quién puede encontrar a un orador que pueda ensalzarle como merece? .. El, que purificó la lengua Latina de la inmundicia de la barbarie, devolviéndola a su antigua pureza; que adornó con veste pura la Doctrina y Dogmas inmutables de Cristo. Que limpió el lenguaje bíblico de las manchas que le afeaban; que recogió, iluminándolos, los secretos de los antiguos idiomas Hebreo, Caldeo, y Siriaco, en lo que tiene el primer lugar, como dice Nicolás Antonio, cuando habla de la Políglota Complutense.

Vuestro compatriota, amados lebrijanos, en todos sus numerosos escritos y en especial en el Léxicum Latinum da la norma para revestir de hermosura literaria todas las ciencias humanas y Divinas.

Si los dioses mismos quisieran hablar a los hombres y celebrar a los héroes con su lenguaje, no lo harían con otro estilo, ni otra voz, ni canto, ni suavidad con que lo haría Nebrija: que bebió de todos los autores, como abeja de todas las flores, el néctar de la elocuencia.

Y ahora os digo: Que vuestro hermano vive, pues todos sabéis que murió con la muerte de los justos, y los justos no mueren, viven siempre. Y, ahora como queriendo levantarse del sepulcro, por mis palabras os quiere dar una lección en verso, puesto que aúnque muerto todavía habla.

Oid la

ULTIMA LECTIO ANTONII NEBRIXENSIS.

Omnia vanitas praeter Crux stat, dum volvitur Orbis.

Humana haec quid sunt...? quid mundi cuncta creata?
Quaeque diu maneant...? Imperia summa, venustas
Magnifigi Reges, mundi monumenta, trophea...
Immensus velocis Famae plausus inanis...
Atque Duces metuendi... exitialis certamina Martis...

Leges innumerae Regum bellisque faventum...
Oppida, Templa superba, et vana oracula Delphi...
Filius et Martis validus Macedo ipsemet Heros...
Pyramida et Menphis... quid...? quae miracula terrae
Sunt...? *Cinerum Coni...* regum angusta sepulcra...!
. . . .

Romani Populi Moles... quid belliger ipse...?
Circus et ille superbus, Fanaque, Templa deorum...?

Haec, veluti pulvis terrarum umbraeque fugaces
Cum populis perierunt instar fulminis ictu...
Quo attonitos... heus! Orbis visus torqueo cumque
Clivosae veterum feriunt monumenta ruinae.
. . . .

Tempus edax labitur taciteque senescitur omne,
Ultima terrarum Orbi funeris imminet hora...
In crucis infracto vexillo, Aeterna juventus...!
Dumque manet semper, fugit irrevocavile tempus,
Et tumulum nostrum illius pia protegit umbra.
Stat crux atque stetit, stabit, spes unica, dumque
Volvitur orbis.

Haec est etením Unica Veritas: Christus, ac ideo unica venustas quoniam ipsa est splendor veritatis: Christus, unica vita. Qui solus habet immortalitatem. Unde Divus Augustinus: «Mori non vis...?» cecinit: «Jungere aeternitati et tu aeternus esto». Haec est autem vita aeterna: Cognoscere Christum, et hunc Cruxifixum.

Properemus omnes ad Christum in Cruce, si aeterne vivere optamus, affectibus hujus.

ÚLTIMA LECCIÓN DE NEBRIJA

«Todo vanidad, excepto la Cruz que permanece, mientras todo se destruye. (Voz de la verdad.)

Y qué es lo humano todo...? qué lo creado?
Qué permanece fijo...? los Imperios...
Del mundo los Palacios... los Trofeos...?
De la Fama veloz el vano aplauso...
Los príncipes temidos... Las victorias...?
Qué las profanas leyes ya ignoradas
Las soberbias Ciudades y los Templos
De los paganos Dioses...? y de Delfos
Los oráculos falsos...? qué Alejandro
El héroe Mecedón, hijo de Marte
Y rayo de la guerra...? y de Menfis
Las Pirámides... qué? que son tenidas
Del Orbe cual portentos mas gloriosos?
«Montones de ceniza» de otros tiempos,
de Reyes ignorados los sepulcros...!
Y qué la mole del Romano pueblo
Tan temido en la guerra...? qué las aras
Y su circo y sus Dioses inmortales...?
Todo polvo... y aún menos, sombra vana...!
Todo despareció como de un rayo
Herido por el golpe...! Adonde vuelvo
Atónitos los ojos, solo veo:
Destrozadas ruínas, que amenazan
A cuanto existe de la tierra toda.
La hora de la muerte tan temida
A todos amenaza...! el mundo todo
Envejece al trascurso de los siglos!
La Eterna Juventud la Cruz ostenta...!
Y en tanto el tiempo irrevocable avanza
Cubrirá nuestra tumba con su sombra...!!
Es, fué y será siempre: lo inmutable,
Única salvación del hombre; mientras
el Orbe es: lo mudable.

Esta es la única verdad: *Jesucristo*, y la misma belleza, porque la belleza es el esplendor de la verdad. Cristo es la única vida, porque El solo tiene la inmortalidad. Por lo que que San Agustín pudo decir —Quiéres no morir...? júntate a la eternidad y tu serás eterno— La vida eterna es: conocer a Cristo y a éste crucificado.

Vayamos a El todos, si queremos vivir eternamente y vayamos con los afectos que inspira este sublime.



SONETI

Ad Vos ipse feror, cursu festimus anhelo,
Brachia en alma...! Crucis detecta in Stipite semper,
Perfruar ut dulci plexu aeternê-estis aperta,
Ne arcear a Vobis, clavis quae fixa manetis.

Ad vos, heus...! oculi divini, lumine et orbi
Tot lacrymis atque cruoris tanto flumine oporti,
Parcerer ut mortis somnum vos pellitis ambo,
Ne timeam clausi estis, ne aut confusus abirem.

Fixi ad vosque pedes, ne vos fugiatis amantem,
Oh pronumque caput, peccator quo vecer ipse,
Ad te, Sanguis, ut ipsemet, cujus inungar Honore,

Ad Te, Latus apertum ipse ut sorberer hiatu,
Ad nihilum ut possim totum me in corde rediri
Ejus et ardoris almi fornacibus uri.

Hanc lectionem Antonii Nebrixenssis corde recogitemus velut thesaurus in pignus ipsius quarti centenarii.

Nebrixiae, 17 sept. 1922.

HIERONYMUS CÓRDOBA, SCH. P.



SONETO

A vos, corriendo voy. brazos sagrados;
En la Cruz sacrosanta descubiertos,
Que para recibirme estáis abiertos
Y por no castigarme estáis clavados.

A vos ojos divinos eclipsados
De tanta sangre y lágrimas cubiertos
Que para perdonarme estáis despiertos
Y por no avergonzarme, estáis cerrados

A vos, clavados piés, para no huirme,
A vos, cabeza baja por llamarme,
A vos, sangre vertida por ungirme.

En vos, costado abierto quiero hundirme
Y en ese Corazón anonadarme
Y en su volcán de amores cansumirme.

Guardemos esta lección como un tesoro, meditándola como prenda y recuerdo del IV.° centenario de Elio Antonio de Nebrija.

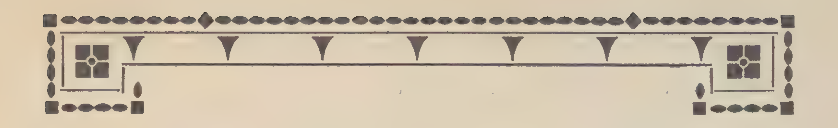
Lebrija 17 sep. 1922.

JERÓNIMO CÓRDOBA, SCH. P.





Monumento a Nebrija en su ciudad natal.



ÍNDICE

Fotograbados de esta obra.

A. M. P. I.



ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN LA

ESCUELA TIPOGRÁFICA DE S. ANTÓN

(MADRID, HORTALEZA, 69.—TELÉFONO, 374)

EN EL ANIVERSARIO DEL HOMENAJE

A ELIO ANTONIO DE NEBRIJA

VII DE MAYO DE

MCMXXIII



